

Las vacaciones del pequeño Nicolás

Sempé / Goscinny

Ilustraciones de Sempé



ESPA
PDF

Nicolás y sus compañeros han sobrevivido al curso escolar y felices y contentos se separan para iniciar las vacaciones. Incluso, contra todo pronóstico, Nicolás ha sido merecedor de un premio: el de la Elocuencia.

Los padres de Nicolás sorprenden al niño con la noticia de que la familia va a pasar las vacaciones de verano en la playa. ¡Qué bien! Las olas, la arena, los juegos con los amigos... Claro que, cuando llueve, tienes que ser muy ingenioso para no aburrirte... Donde no hay manera

de aburrirse es en el Campamento Azul, al que acude el pequeño Nicolás un año después. Puedes estar aterrizado, pero ¿aburrirte? ¡Nunca!



René Goscinny

Las vacaciones del pequeño Nicolás

El pequeño Nicolás - 3

ePub r1.0

Balhissay 06.11.15

Título original: *Les vacances du petit Nicolas*

René Goscinny, 1962

Traducción: Esther Benítez

Ilustraciones: Jean-Jacques Sempé

Editor digital: Balhissay

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

1



Ha terminado un curso escolar dedicado al estudio. Nicolás ha obtenido el premio a la elocuencia, que en su caso recompensa no tanto la calidad como la cantidad, y se ha separado de sus condiscípulos, que todos conocemos: Alcestes, Rufo, Eudes, Godofredo, Majencio, Joaquín, Clotario y Agnan. Los libros y los cuadernos ya están guardados. Es el

momento de pensar solo en las vacaciones.

Pero, en casa de Nicolás, la elección del lugar donde van a ir a pasar esas vacaciones no es ningún problema, porque...

Quien decide es papá

Todos los años, o sea el año pasado y el anterior, porque antes es muy antiguo todo y ya no me acuerdo, papá y mamá discuten muchísimo para saber adónde vamos a ir de vacaciones, y mamá se echa a llorar y dice que va a irse con su mamá, y yo también lloro porque a la abuela la quiero mucho, pero en su casa no hay playa, y al final vamos adonde quiere mamá, que no es a casa de la abuela.

Ayer, después de cenar, papá nos miró con cara de mal genio y dijo:

—¡Escuchadme bien! Este año no

quiero discusiones. ¡Voy a decidir yo! Iremos al sur. Tengo las señas de un chalé que se alquila en Plage-les-Pins. Tres habitaciones, agua corriente y electricidad. No quiero saber nada de ir a un hotel y comer una bazofia lamentable.

—Pues muy bien, querido —dijo mamá—. Me parece una idea magnífica.



—¡Viva! —dije yo, y me puse a correr alrededor de la mesa, porque es

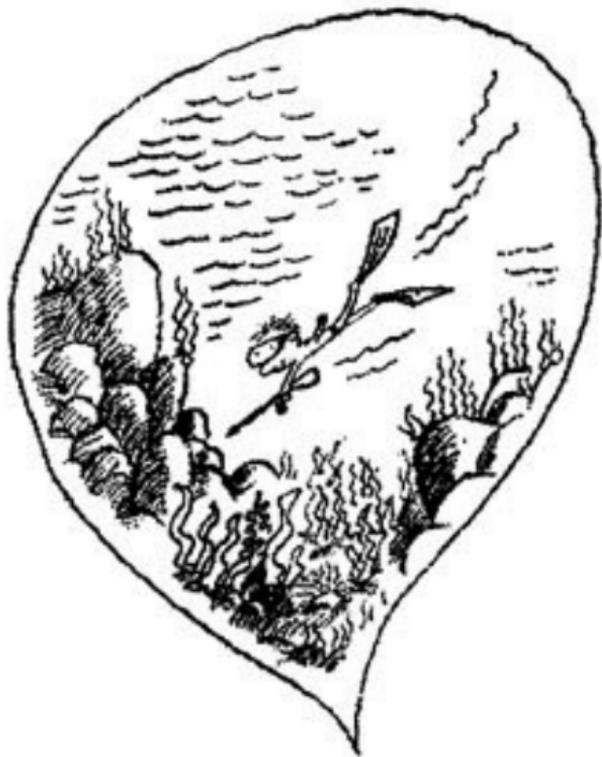
difícil quedarse sentado cuando uno está contento.

Papá abrió mucho los ojos, como cuando se asombra por algo, y dijo:

—¿Ah, sí? Pues qué bien.

Mientras mamá recogía la mesa, papá fue al armario a buscar sus gafas de pesca submarina.

—Ya verás, Nicolás —me dijo papá—. Vamos a pasarlo fantástico pescando, tú y yo.



A mí me dio algo de miedo, porque todavía no sé nadar muy bien.

Si me ponen en el agua con cuidado, sé hacer la plancha, pero papá me dijo que no me preocupara, que él iba a enseñarme a nadar, que había sido campeón interregional de estilo libre cuando era más joven y que todavía podría batir récords si tuviera tiempo para entrenarse.



—¡Papá me va a enseñar pesca

submarina! —Le dije a mamá cuando volvió de la cocina.

—Estupendo, querido —me dijo mamá—, aunque en el Mediterráneo, por lo visto, no quedan muchos peces. Hay demasiados pescadores.

—¡Eso no es cierto! —dijo papá, pero mamá le dijo que no le llevara la contraria delante del niño, que si ella lo decía era porque lo había leído en el periódico. Y volvió a su labor de punto, la mismísima que empezó hace un montón de días.

—¡Pues si no hay peces —le dije a papá—, vamos a parecer un par de pringados debajo del agua!

Papá no dijo nada y fue a dejar sus

gafas en el armario. Yo estaba un poco chafado, porque la verdad es que cada vez que salimos de pesca con papá nos pasa igual: volvemos con las manos vacías. Papá volvió y abrió su periódico.

—Y entonces —dije yo—, ¿dónde hay peces para la pesca submarina?

—Pregúntale a tu madre —me contestó papá—. Ella es la experta.

—Los hay en el Atlántico, querido —me dijo mamá.

Yo pregunté si el Atlántico caía muy lejos de donde íbamos, pero papá me dijo que si estudiara un poco más en el colegio no haría semejantes preguntas, y eso no vale, porque en el cole no nos

dan clases de pesca submarina, pero no dije nada porque vi que papá no tenía muchas ganas de hablar.

—Habrá que hacer la lista de las cosas que tenemos que llevar —dijo mamá.

—¡Ah, no! —gritó papá—. Este año no vamos a viajar como si fuéramos un camión de mudanzas. Trajes de baño, pantalones cortos, ropa sencilla, algún jersey...

—Y las cacerolas, la cafetera eléctrica, la manta roja y unos cuantos platos —dijo mamá.

Papá se levantó de golpe, enfadadísimo, y abrió la boca, pero no pudo hablar porque en su lugar habló

mamá.

—Sabes de sobra —dijo mamá— lo que nos contaron los Blédurt después de alquilar aquel chalé el año pasado. Toda la vajilla que había eran tres platos desportillados y la cocina solo tenía dos cacerolas, y una de ellas con el fondo agujereado. Tuvieron que comprar lo que necesitaban allí mismo, y a precio de oro.

—Blédurt no sabe cómo apañarse —dijo papá, y volvió a sentarse.

—Puede ser —dijo mamá—, pero, si quieres una sopa de pescado, no podré hacértela con una cacerola agujereada. Incluso si conseguimos el pescado.

Entonces yo me eché a llorar. Porque, de verdad, no tiene ninguna gracia ir a un mar donde no hay peces cuando pillan tan cerca esos Atlánticos que están de peces hasta los topes. Mamá dejó su labor, me cogió en brazos y me dijo que no había que ponerse triste por culpa de los estúpidos peces y que estaría encantado cuando viera el mar cada mañana desde la ventana de mi preciosa habitación.

—Bueno, hay que aclarar —explicó papá— que, desde el chalé mismo, el mar no se ve. Pero no está lejos. Solo a dos kilómetros. Es el último chalé para alquilar que quedaba en Plage-les-Pins.

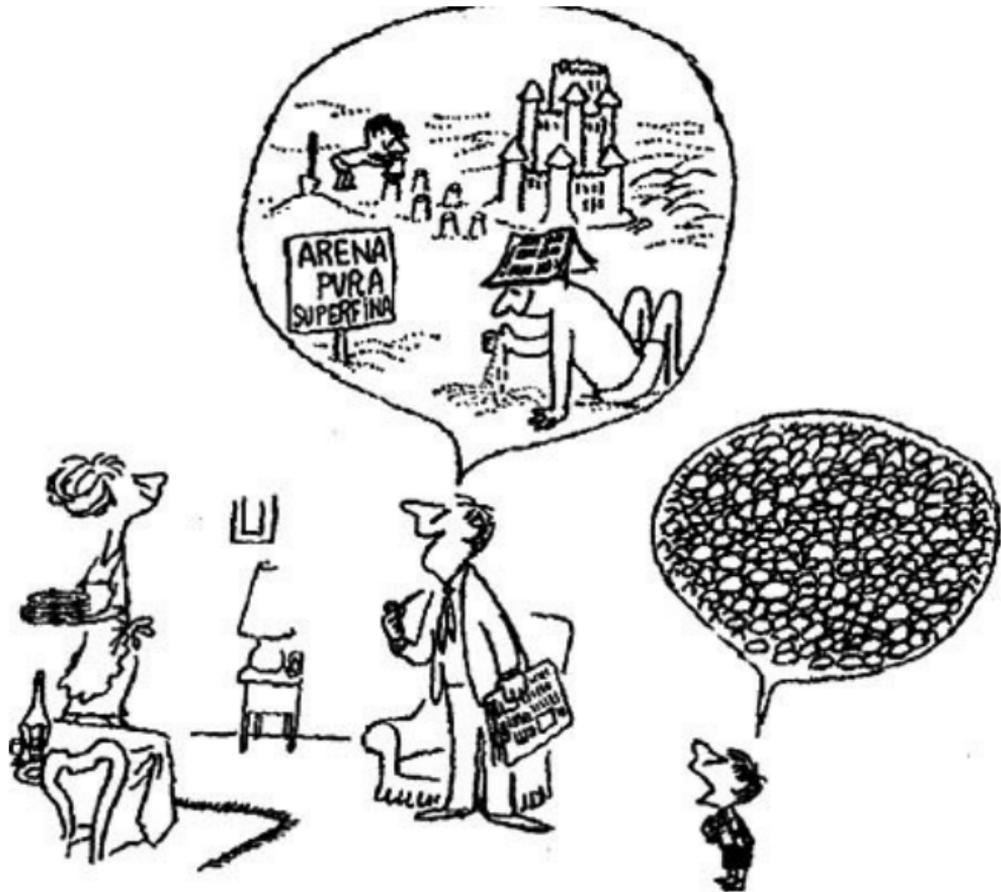
—Claro que sí, querido —dijo

mamá.

Y me dio un beso y yo me senté en la alfombra a jugar con las dos canicas que le había ganado a Eudes en el cole.

—Y la playa, ¿es de guijarros, supongo? —preguntó mamá.

—¡Pues no, señora! ¡En absoluto! —gritó papá, entusiasmado—. ¡Es una playa de arena! ¡Y de arena muy fina! ¡No hay un solo guijarro en toda la playa!



—Pues menos mal —dijo mamá—. Así Nicolás no se pasará el tiempo jugando a las cabrillas, lanzando gujarros para que reboten en el agua.

Desde que le enseñaste, se ha convertido en una verdadera obsesión.

Y yo me eché otra vez a llorar, porque es verdad que es genial jugar a las cabrillas. Consigo que los guijarros salten hasta tres y cuatro veces, y lo siento mucho, pero no hay derecho a que vayamos a ese chalé viejo con cacerolas agujereadas, lejos del mar y a un sitio donde no hay guijarros ni peces.

—¡Me iré a casa de la abuela! — grité, y di una patada a una de las canicas de Eudes.

Mamá me cogió otra vez en brazos y me dijo que no llorara, que papá era el que más necesitaba unas vacaciones de toda la familia y que, aunque quisiera

llevarnos a un sitio cutre, debíamos ir con él y hacer como si estuviéramos contentos.

—Pero, pero, pero... —dijo papá.

—¡Yo quiero jugar a las cabrillas!
—grité.

—Quizá puedas jugar el año que viene —me dijo mamá—, si papá decide llevamos a Bains-les-Mers.

—¿Adónde? —preguntó papá, y se quedó con la boca abierta.

—A Bains-les-Mers —dijo mamá—, a Bretaña, donde hay Atlántico, cantidad de peces y un hotelito encantador que da a una playa de arena y guijarros.

—¡Yo quiero ir a Bains-les-Mers!

—grité—. ¡Yo quiero ir a Bains-les-Mers!

—Pero, querido —dijo mamá—, tienes que ser razonable. Quien decide es papá.

Papá se pasó la mano por la cara, dio un profundo suspiro y dijo:

—¡Está bien! Ya lo he entendido. ¿Cómo se llama ese hotel tuyo?

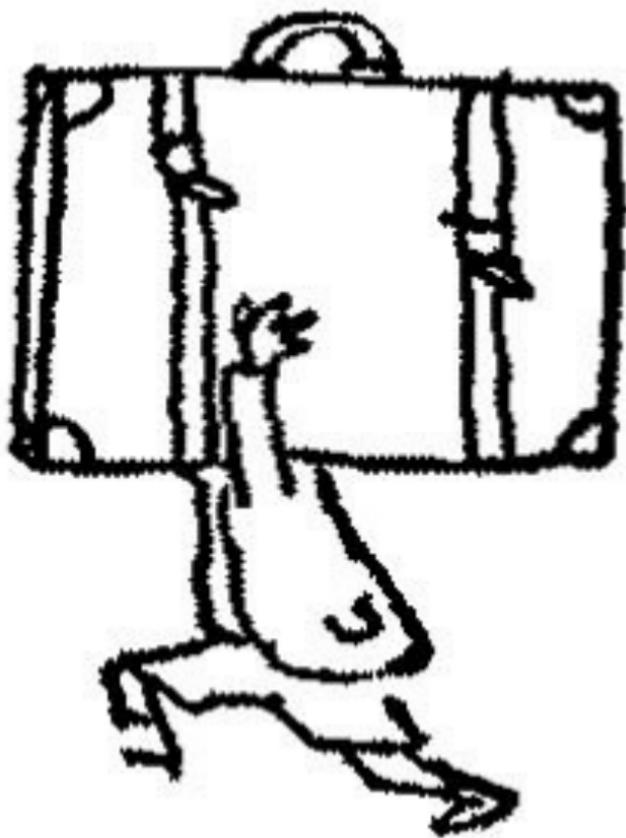
—Costabella, querido —dijo mamá.

Papá dijo que bueno, que iba a escribir a ver si todavía quedaban habitaciones.

—No te molestes, querido —dijo mamá—, ya está hecho. Tenemos la habitación 29, frente al mar y con cuarto de baño.

Y mamá le dijo a papá que no se moviera porque quería ver si le iba bien el largo del jersey que le estaba haciendo. Por lo visto, las noches son algo frescas en Bretaña.





Una vez que el padre de Nicolás

tomó la decisión, lo único que había que hacer era recoger la casa, ponerles fundas a los muebles, quitar las alfombras, descolgar las cortinas, hacer las maletas y no olvidarse de los huevos duros y los plátanos que había que llevar para comer en el tren.

Por fin, al margen de que a la madre de Nicolás se le ha reprochado haber puesto la sal para los huevos duros en la maleta marrón que iba en el furgón de equipajes, el viaje en tren ha transcurrido sin novedad. Hemos llegado, pues, a Bains-les-Mers y al hotel Costabella. Estamos en la playa y las vacaciones pueden empezar...

La playa es genial

En la playa lo pasa uno bomba. He hecho montones de amigos. Está Blas, y también Fructuoso, y Mamerto, ¡que mira que es burro! Y además Ireneo y Fabricio y Cosme, y también Ives, que no está de vacaciones porque es del pueblo. Y jugamos juntos, y nos peleamos y dejamos de hablarnos, y es de lo más genial.

—Ve a jugar tranquilamente con tus amiguetes —me ha dicho papá esta mañana—. Yo voy a descansar y a tomar el sol.

Y ha empezado a untarse de aceite

por todas partes y a reírse, diciendo:

—¡Ayyy! ¡Cuando pienso en los compañeros que se han quedado en la oficina!

Nosotros nos hemos puesto a jugar con el balón de Ireneo.

—Id a jugar más lejos —ha dicho papá, que había terminado de darse aceite, y ¡*boing!*, el balón le ha caído en la cabeza.



Eso a papá no le ha gustado un pelo. Se ha enfadado una barbaridad y le ha dado un patadón al balón, que ha caído muy lejos, en el agua. Menudo chutazo.

—¡Ya está bien, caramba! —ha dicho papá.

Ireneo ha salido corriendo y ha vuelto con su padre. El padre de Ireneo es la mar de gordo y grande, y no parecía de buen humor.

—¡Ese es! —ha dicho Ireneo, señalando a papá con el dedo.

—¿Ha sido usted —ha dicho el padre de Ireneo— quien ha tirado al agua el balón del chaval?

—Pues sí —le ha contestado papá al padre de Ireneo—, pero es que resulta

que ese balón lo he recibido yo antes en la cara.

—Los críos vienen a la playa a distraerse —ha dicho el padre de Ireneo—, y si eso no le gusta, se queda usted en su casa. Y ahora, habrá que ir a buscar ese balón...

—No le hagas caso —le ha dicho mamá a papá.

Pero papá ha preferido hacerle caso.

—Bueno, bueno —ha dicho—, iré a buscar el dichoso balón.

—Pues sí —ha dicho el padre de Ireneo—. Yo que usted, también iría.



A papá le ha llevado un cierto tiempo recuperar el balón, porque el viento lo había empujado muy lejos. Parecía cansado cuando le ha devuelto el balón a Ireneo, y nos ha dicho:

—Escuchadme, niños, quiero descansar tranquilo. Así que, en lugar de jugar al balón, ¿por qué no jugáis a otra cosa?

—Vale, ¿a qué, por ejemplo? ¿Eh? ¡Venga, díganos! —le ha preguntado Mamerto. ¡Si será burro!

—¡Qué sé yo! —ha contestado papá

—. Pues a hacer hoyos; es divertido hacer hoyos en la arena.

Nos ha parecido una magnífica idea y hemos cogido nuestras palas mientras papá intentaba untarse aceite otra vez, pero no ha podido porque no quedaba aceite en el frasco.

—Voy a comprar más a esa tienda que hay al final del paseo —ha dicho papá, y mamá le ha preguntado por qué no se estaba quieto un ratito.

Nosotros hemos empezado a hacer un hoyo. Un hoyo magnífico, de lo más grande y profundo. Cuando ha llegado papá con su frasco de aceite, le he llamado y le he dicho:

—Papá, ¿has visto nuestro hoyo?

—Es muy bonito, querido —ha dicho papá, mientras intentaba abrir el frasco con los dientes.

Entonces ha llegado un señor con una gorra blanca y nos ha preguntado que quién nos había autorizado a hacer semejante hoyo en la playa.

—¡Ha sido él, señor! —Han dicho todos mis amigos, señalando a papá.

Yo estaba la mar de orgulloso porque creía que el señor de la gorra iba a felicitar a papá. Pero el señor no parecía estar de buen humor.

—¿Pero es que está usted mal de la cabeza? ¡A quién se le ocurre darles a los críos semejantes ideas! —ha dicho el señor.

Y papá, que seguía esforzándose por abrir el frasco de aceite, ha dicho:

—Pues a mí, ¿pasa algo?

Entonces el señor de la gorra se ha puesto a gritar que era inconcebible lo inconscientes que pueden ser algunas personas, que alguien podía romperse una pierna si se caía en el hoyo, que con la marea alta, la gente que no supiera nadar perdería pie y se ahogaría en el hoyo, que la arena podía derrumbarse y alguno de nosotros quedaría enterrado en el hoyo, que podían pasar montones de cosas espantosas en el hoyo y que había que cerrarlo inmediatamente.

—Muy bien —ha dicho papá—.

Vamos, niños, rellened el hoyo.

Pero mis amigos no querían rellenarlo.

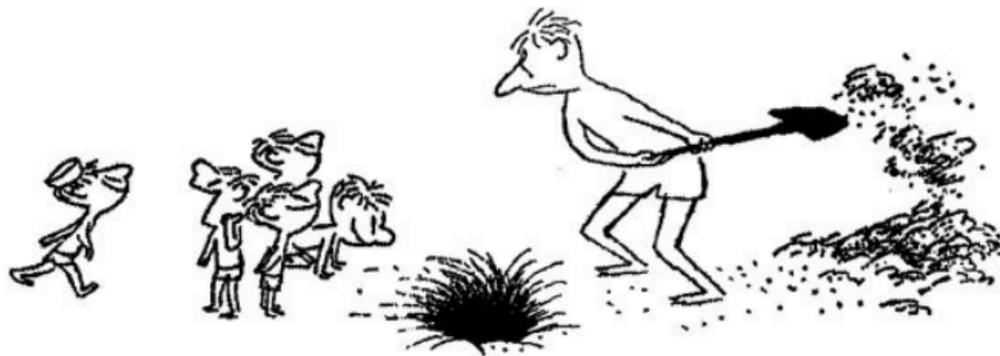
—Hacer un hoyo —ha dicho Cosme — es divertido, pero rellenarlo es un aburrimiento.

—¡Hala, vamos a bañarnos! —ha dicho Fabricio.

Y se han ido todos corriendo. Yo me he quedado, porque he visto que papá tenía pinta de estar en un aprieto.

—¡Niños! ¡Niños! —ha gritado papá, pero el señor de la gorra ha dicho:

—¡Deje a los niños en paz y relléneme usted ese hoyo ahora mismo! —Y se ha marchado.



Papá ha dado un profundo suspiro y me ha ayudado a rellenar el hoyo. Como solo teníamos una palita pequeña, la cosa nos ha llevado bastante tiempo, y acabábamos de terminar cuando mamá ha dicho que era ya hora de volver al hotel a comer y que nos diéramos prisa, porque en el hotel no te sirven si te retrasas.

—Recoge tus cosas, tu pala, tu cubo, y ven —me ha dicho mamá.

Yo he recogido mis cosas, pero no he encontrado mi cubo.

—No pasa nada. Vámonos —ha dicho papá.

Pero yo me he puesto a llorar con más fuerza. Es un cubo genial, amarillo y rojo, que hace unos flanes fantásticos.

—No nos pongamos nerviosos —ha dicho papá—. A ver, ¿dónde has puesto tu dichoso cubo?

Yo he dicho que a lo mejor estaba dentro del hoyo que acabábamos de cerrar. Papá me ha mirado como si quisiera darme una azotaina, y entonces me he puesto a llorar más fuerte aún y papá ha dicho que bueno, que iba a buscar el cubo, pero que dejara de darle

la murga. ¡Mi padre es el padre más majo del mundo entero! Como seguíamos solo con la misma palita pequeña para los dos, no he podido ayudar a papá, y le estaba mirando trabajar cuando hemos oído un vozarrón a nuestras espaldas:

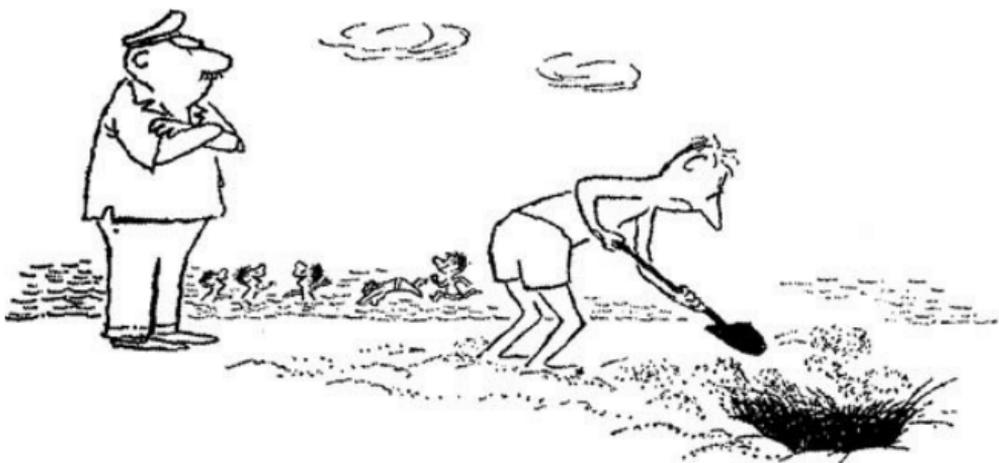
—¿Es que pretenden ustedes tomarme el pelo?

Papá ha dado un grito, nos hemos vuelto y allí estaba el señor de la gorra blanca.

—Creo recordar que les había prohibido hacer hoyos —ha dicho el señor.

Papá le ha explicado que estaba buscando mi cubo, y entonces el señor

ha dicho que muy bien, pero a condición de que rellenara el hoyo después. Y se ha quedado a vigilar a papá.

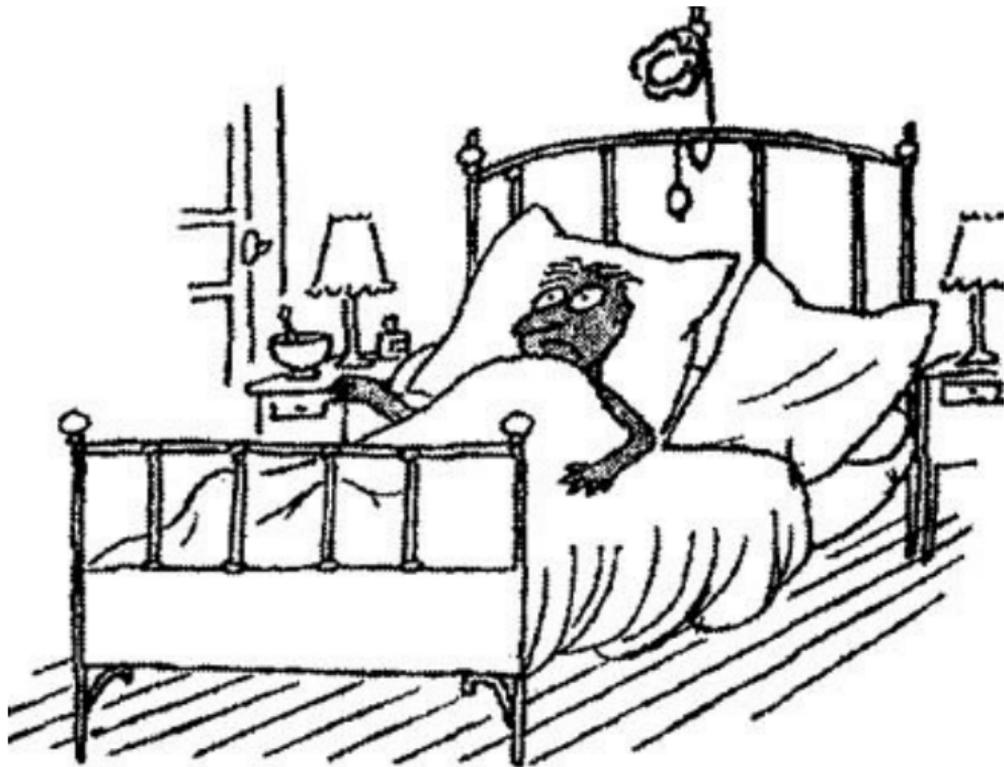


—Escucha —le ha dicho mamá a papá—, yo me vuelvo al hotel con Nicolás. Ya nos alcanzarás cuando hayas encontrado el cubo.

Y nos hemos marchado.

Papá ha llegado al hotel muy tarde.

Estaba cansado, no tenía hambre y había ido a acostarse. No había encontrado el cubo, pero no pasa nada porque me he dado cuenta de que me lo había dejado yo en la habitación. Por la tarde hemos tenido que llamar al médico por culpa de las quemaduras de papá, y el médico ha dicho que papá tendrá que quedarse en la cama un par de días.



—¡A quién se le ocurre! —ha dicho el médico—. ¡Exponerse al sol de esta forma sin darse aceite en el cuerpo!

—¡Ayyy! —ha dicho papá—. ¡Cuando pienso en los compañeros que se han quedado en la oficina!

Pero esta vez no se ha reído nada cuando lo decía.

3



Por desgracia, en Bretaña a veces ocurre que el sol va a darse una vueltecita por la Costa Azul. Por eso el dueño del hotel Costabella consulta con tanta preocupación su barómetro, que

mide la presión atmosférica de sus huéspedes...

El animador

Estamos de vacaciones en un hotel, y hay playa y hay mar y se está genial, menos hoy, que llueve, y ya está bien, de verdad, porque no tiene ninguna gracia. Cuando llueve, lo más molesto es que los mayores no saben ocuparse de nosotros y nos ponemos insoportables y luego hay bronca. En el hotel tengo montones de amigos. Están Blas, y Fructuoso, y Mamerto, ¡que mira que es burro! Y además están Ireneo, que tiene un padre grande y fuerte, y Fabricio, y también Cosme. Son geniales, pero no siempre se portan muy bien. Durante la

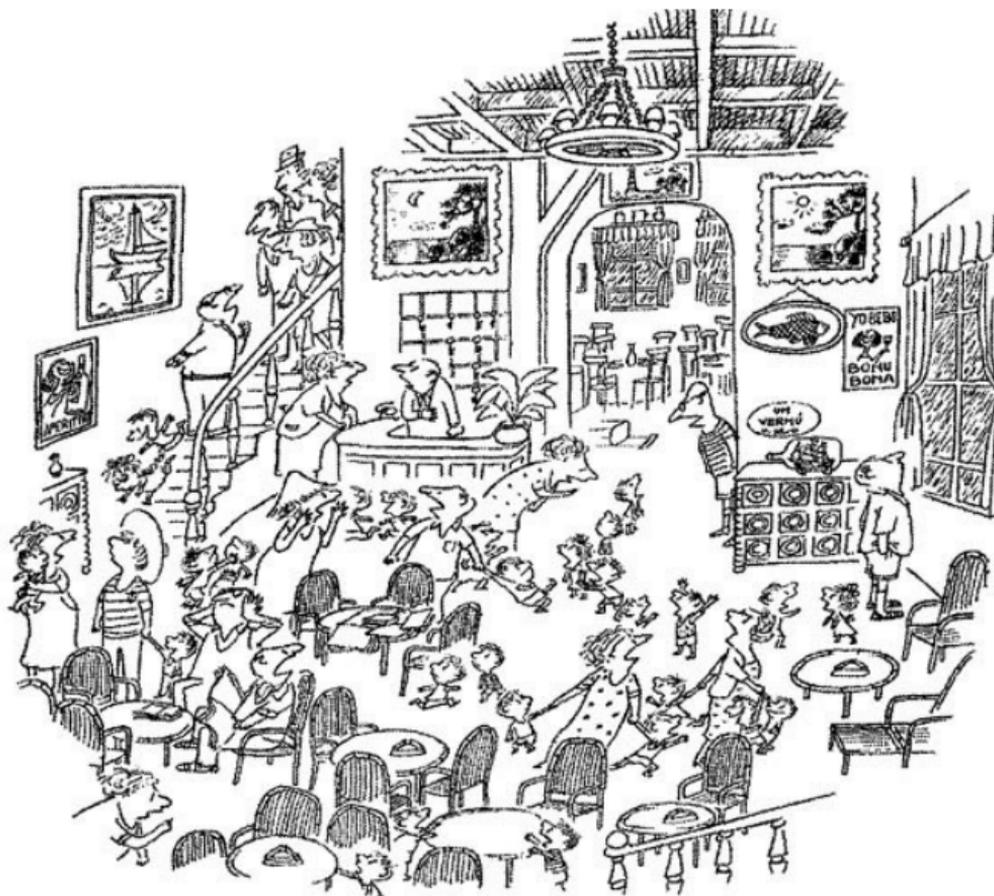
comida, que, como es miércoles, han sido raviolis y escalopes, menos para el padre y la madre de Cosme, que siempre piden suplementos y les han puesto langostinos, yo he dicho que quería bajar a la playa.

—Pero ¿no ves que está lloviendo? —me ha contestado papá—. No me des la tabarra. Te quedarás en el hotel a jugar con tus amiguetes.

Yo he dicho que me encantaría jugar con mis amiguetes, pero en la playa, y entonces papá me ha preguntado que si quería llevarme una azotaina delante de todo el mundo, y yo, como no quería, me he echado a llorar. En la mesa de Fructuoso también tenían una buena

llantina, y la madre de Blas le ha dicho al padre de Blas que valiente idea había tenido, yendo a pasar las vacaciones a un sitio donde llueve sin parar, y el padre de Blas se ha puesto a gritar diciendo que la idea no se le había ocurrido a él, y que la última idea que se le había ocurrido en su vida había sido la de casarse. Mamá le ha dicho a papá que no debía hacer llorar al niño, papá ha gritado que ya se le estaban hinchando las narices, a Ireneo se le han caído al suelo las natillas y su padre le ha dado un sopapo. Había un ruido tremendo en el comedor y ha venido el dueño del hotel y ha dicho que se iba a servir el café en el salón, que iba a

poner unos discos y que había oído en la radio que mañana iba a hacer un espléndido día de sol.



En el salón, el señor Lanternau ha dicho:

—¡Yo me ocuparé de los chavales!

El señor Lanternau es un señor muy simpático al que le gusta reírse muy fuerte y hacerse amigo de todo el mundo. Da montones de tortas en la espalda a la gente, y eso a papá no le gusta mucho, pero es que estaba quemadísimo por el sol cuando el señor Lanternau le dio su torta. La noche que el señor Lanternau se disfrazó con una cortina y una pantalla, el dueño del hotel le explicó a papá que el señor Lanternau era un auténtico animador.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia —contestó papá, y se fue a la

cama.

La señora Lanternau, que está de vacaciones con el señor Lanternau, no dice nunca nada y tiene pinta de estar algo cansada.

Total que el señor Lanternau se ha puesto de pie, ha levantado un brazo y ha gritado:

—¡Muchachos! ¡Atentos a mis órdenes! ¡Todos detrás de mí en columna de a uno! ¿Listos? ¡Hacia el comedor, de frente, marchen! ¡Un dos, un dos, un dos!

Y el señor Lanternau ha avanzado hacia el comedor y ha salido de él enseguida, no muy contento.

—¿Qué pasa? —ha preguntado—. ¿Por qué no me habéis seguido?

—Porque lo que queremos —ha dicho Mamerto (¡que mira que es burro!) — es ir a jugar a la playa.

—Nada de eso, nada de eso —ha dicho el señor Lanternau—. Hay que estar loco para querer ir a la playa, a empaparse de lluvia. ¡Venid conmigo, que vamos a divertirnos mucho más que en la playa! ¡Ya veréis como después querréis que llueva todos los días!

Y el señor Lanternau se ha puesto a dar grandes risotadas.

—¿Vamos? —le he preguntado a Ireneo.

—*Pche* —ha contestado Ireneo, así que hemos ido con los demás.

En el comedor, el señor Lanternau ha

apartado las mesas y las sillas y ha dicho que íbamos a jugar a la gallina ciega.

—¿Quién se queda? —ha preguntado el señor Lanternau, y le hemos dicho que se quedaba él, y él ha dicho que bueno y nos ha pedido que le vendáramos los ojos con un pañuelo, y cuando ha visto nuestros pañuelos ha preferido usar el suyo. Después ha extendido los brazos hacia delante y se ha puesto a gritar:

—¡*Uuh*, que os pillo! ¡Que os pillo, *uuuuu!* —Y se reía a carcajadas.

Yo soy fantástico jugando a las damas, y por eso, cuando Blas ha dicho que podía ganar a cualquiera a las damas y que él era un campeón, me ha

dado un ataque de risa. A Blas, mi risa no le ha gustado un pelo y me ha dicho que yo me creía muy listo, pero que íbamos a verlo, así que hemos ido al salón para pedirle el juego de damas al dueño del hotel y los demás nos han seguido para ver quién era el mejor. Pero el dueño del hotel no ha querido prestarnos las damas y ha dicho que era un juego para los mayores y que le íbamos a perder las fichas. Y estábamos todos allí, discutiendo, cuando hemos oído un vozarrón detrás de nosotros:

—¡No vale salir del comedor! Era el señor Lanternau, que venía a buscarnos y nos había encontrado porque ya no tenía los ojos vendados. Estaba muy

colorado y le temblaba un poco la voz, igual que a papá una vez que me vio haciendo pompas de jabón con su pipa nueva.

—Bueno —ha dicho el señor Lanternau—, en vista de que vuestros padres se han ido a dormir la siesta, vamos a quedarnos en el salón para pasarlo bien sin armar escándalo. Conozco un juego sensacional: cogemos todos papel y lápiz, yo digo una letra y escribimos cinco nombres de países, cinco nombres de animales y cinco nombres de ciudades. El que pierda, pagará una prenda.

El señor Lanternau se ha ido a buscar papel y lápices y nosotros hemos

ido al comedor a jugar al autobús con las sillas. Cuando el señor Lanternau ha vuelto a buscarnos, creo que estaba un poco enfadado.

—¡Todos al salón! —ha dicho.

—Vamos a empezar por la letra «A» —ha dicho luego el señor Lanternau—. ¡Manos a la obra! —Y se ha puesto a escribir a toda velocidad.

—¡No vale, se me ha roto la mina del lápiz! —ha dicho Fructuoso. Y Fabricio ha gritado:

—¡Señor! ¡Cosme me está copiando!

—¡No es verdad, cochino embustero! —ha contestado Cosme, y Fabricio le ha dado un sopapo.

Cosme se ha quedado algo

sorprendido y luego se ha puesto a darle patadas a Fabricio, y encima Fructuoso ha querido quitarme el lápiz justo cuando yo iba a escribir «Austria», así que le he dado un puñetazo en las narices. Entonces Fructuoso ha cerrado los ojos y ha empezado a soltar mamporros a diestro y siniestro, y uno se lo ha llevado Ireneo, mientras Mamerto preguntaba a gritos:

—¡Eh, chicos! ¿Aviñón^[1] es un país?

Entre todos estábamos armando un montón de ruido y era genial, igual que un recreo, hasta que, ¡*crash!*, se ha caído al suelo un cenicero. Entonces ha venido a todo correr el dueño del hotel y se ha puesto a gritar y a echarnos la bronca, y

nuestros padres y nuestras madres se han presentado en el salón y se han peleado con nosotros y con el dueño del hotel. Para entonces el señor Lanternau ya se había ido.

Ha sido la señora Lanternau quien lo ha encontrado a la hora de cenar. Por lo visto, el señor Lanternau había pasado la tarde sentado en la playa, empapándose de lluvia.

Y es verdad que el señor Lanternau es un animador de primera, porque papá, cuando lo ha visto volver al hotel, se ha reído tanto que no ha podido cenar. ¡Y eso que los miércoles por la noche dan sopa de pescado!



El hotel Costabella tiene vistas al mar si uno se pone de pie en el borde de

la bañera, pero hay que tener cuidado de no resbalarse. Cuando hace buen tiempo, y si uno no se ha resbalado, se puede observar muy claramente la misteriosa Isla de las Brumas, donde, según un folleto editado por la Oficina de Turismo, la Máscara de Hierro estuvo en un tris de ser encarcelado. Se puede visitar el calabozo en que le habrían encerrado y tienen recuerdos a la venta en la cafetería.

La isla de las Brumas

¡Qué estupendo! ¡Vamos a ir de excursión en barco! El señor y la señora Lanternau vendrán con nosotros, aunque eso a papá no le ha gustado mucho porque la señora Lanternau no le cae muy bien, y yo no entiendo por qué, la verdad. El señor Lanternau, que está de vacaciones en el mismo hotel que nosotros, es muy gracioso y siempre está intentando que la gente se divierta. Ayer vino al comedor con una nariz de pega y un bigotazo y le dijo al dueño del hotel que el pescado no estaba fresco. A mí eso me hizo la mar de gracia. Luego,

cuando mamá le dijo a la señora Lanternau que íbamos a ir de excursión a la Isla de las Brumas, el señor Lanternau dijo:

—¡Excelente idea! ¡Iremos con ustedes, así no podrán aburrirse!

Y más tarde papá le dijo a mamá que no había estado precisamente brillante diciendo aquello y que ese dichoso animador de pacotilla nos iba a fastidiar el paseo.

Salimos del hotel por la mañana con una cesta de *picnic* llena de escalopes fríos, bocadillos, huevos duros, plátanos y sidra. Todo genial. Además, el señor Lanternau se presentó con una gorra blanca de marino, que yo quiero una

igual, y dijo:

—¡A ver, tripulación! ¿Listos para embarcar? ¡En marcha, un dos, un dos, un dos!

Papá le dijo unas cosas a mamá en voz baja y mamá le miró con cara de pocos amigos.

Cuando vi el barco en el puerto me quedé un poco chafado, porque era de lo más pequeñajo. Se llamaba *Juana*, y el patrón tenía un cabezón colorado con una boina encima y no llevaba el uniforme con un montón de galones de oro que yo me esperaba para contárselo en el cole a los compañeros, a la vuelta de las vacaciones, aunque no importa porque pienso contárselo de todas

formas; qué más da, digo yo.

—Bueno, capitán —dijo el señor Lanternau—. ¿Todo listo a bordo?

—¿Ustedes son los turistas que van a la Isla de las Brumas? —preguntó el patrón, y nos subimos a su barco. El señor Lanternau se quedó de pie y gritó:

—¡Largad amarras! ¡Izad las velas!
¡Avante toda!

—No se mueva usted así —dijo papá—. ¡Nos va a tirar a todos al agua!

—Eso es —dijo mamá—, sea usted prudente, señor Lanternau.

Y soltó una risita, me apretó la mano muy fuerte y me dijo que no tuviera miedo, querido. Pero yo, tal como pienso contarle cuando vuelva al cole,

no tengo miedo jamás.

—No sienta temor alguno, señora mía —le dijo a mamá el señor Lanternau—. ¡Lleva usted a bordo a un viejo lobo de mar!

—¿Así que ha sido usted marino? —preguntó papá.

—No —contestó el señor Lanternau—, ¡pero en la chimenea de casa tengo un velerito dentro de una botella! —Y soltó una risotada, y de paso le dio un gran tortazo a papá en la espalda.

El patrón del barco no izó las velas, como le había mandado el señor Lanternau, porque en el barco no había una sola vela. Había un motor que hacía *pof-pof-pof* y que olía igual que el

autobús que pasa por delante de nuestra casa. Salimos del puerto y había olas y el barco se movía; era de lo más genial.

—¿Estará en calma la mar? —le preguntó papá al patrón del barco—. ¿Algún chubasco en el horizonte?

El señor Lanternau se echó a reír.

—¿No tendrá usted miedo a marearse? —le dijo a papá.

—¿Marearme yo? —contestó papá—. Usted bromea. A mí la mar no me afecta. ¡Le apuesto a que se mareará usted antes que yo, Lanternau!

—¡Apuesta aceptada! —dijo el señor Lanternau, y le dio otra torta en la espalda a papá, y papá puso cara de querer darle un tortazo en la cara al

señor Lanternau.

—¿Por qué van a marearse, mamá?
—pregunté yo.

—Anda, querido, hablemos de otra cosa, si no te importa —me contestó mamá.

Las olas eran cada vez más fuertes y era cada vez más divertido. Desde donde estábamos se veía el hotel, que parecía pequeñísimo, y reconocí la ventana que tenemos encima de la bañera porque mamá había dejado a secar su traje de baño rojo. Por lo visto se tarda una hora en ir hasta la Isla de las Brumas. ¡Es un viaje bien largo!



—Por cierto —le dijo el señor Lanternau a papá—, conozco un chiste que le va a divertir. Verá: esto eran dos vagabundos que tenían ganas de comer espaguetis...

Por desgracia no pude enterarme de cómo seguía el chiste porque el señor Lanternau siguió contándoselo a papá al oído.

—No es malo —dijo papá—. ¿Y conoce usted el del médico que trata un

caso de indigestión?

Y como el señor Lanternau no lo conocía, papá se lo contó al oído. ¡Hay que ver lo pesados que se estaban poniendo, de verdad! Mientras tanto, mamá no escuchaba, sino que miraba hacia el hotel. Y la señora Lanternau, como de costumbre, no decía nada. Siempre parece que está algo cansada.

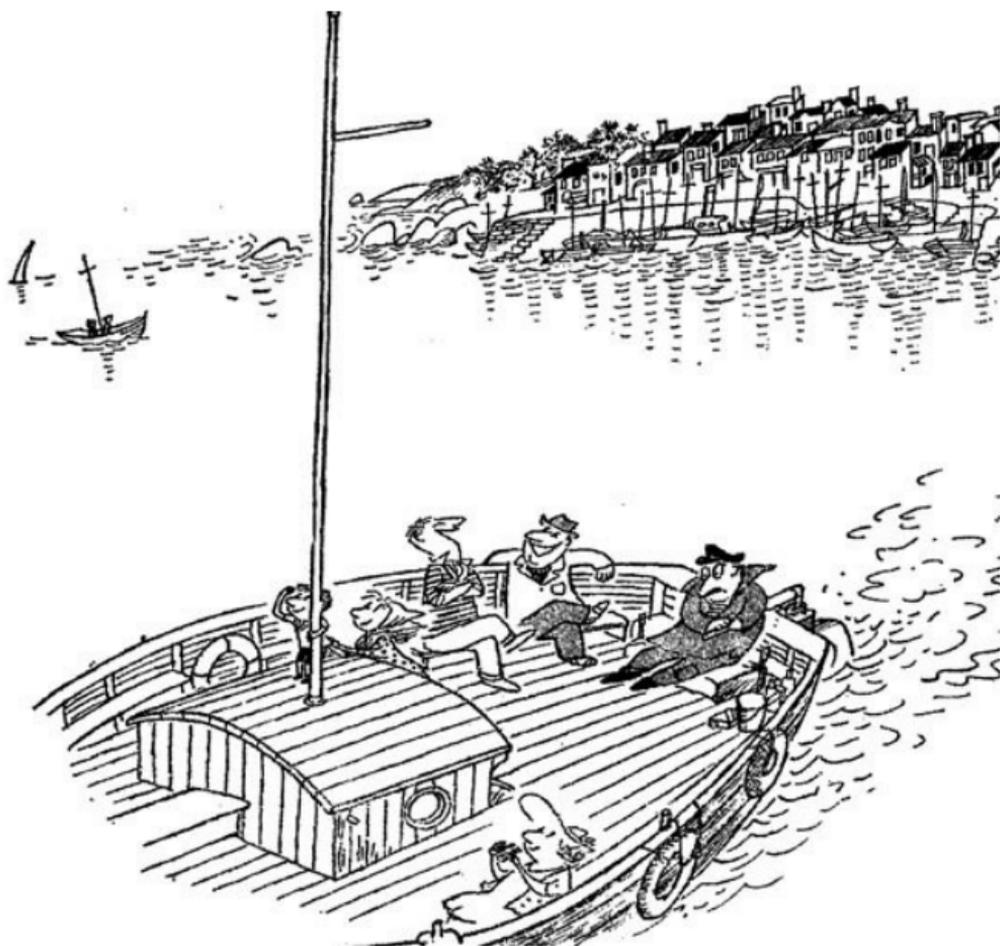
Delante de nosotros se veía la Isla de las Brumas. Todavía quedaba lejos y estaba preciosa, con toda la espuma blanca de las olas. Pero el señor Lanternau no miraba la isla. Miraba a papá mientras se empeñaba en contarle lo que había comido en un restaurante antes de salir de vacaciones, vaya idea

tan rara. Y papá, aunque normalmente no le apetece nada charlar con el señor Lanternau, le contó todo lo que comió el día de su primera comunión. A mí, la verdad es que estaban empezando a darme hambre con sus historias. Quise pedirle a mamá que me diera un huevo duro, pero no me oyó porque se estaba tapando las orejas con las manos, seguramente por culpa del viento.

—Parece que está usted un poco pálido —le dijo el señor Lanternau a papá—. Le sentaría muy bien un buen tazón de grasa de cordero templadita.

—Pues sí —dijo papá—, no estaría nada mal con unas ostras bañadas en chocolate caliente.

La Isla de las Brumas estaba ya muy cerca.



—Vamos a desembarcar enseguida

—le dijo el señor Lanternau a papá—. ¿Sería usted capaz de comerse ahora mismo, antes de bajar del barco, un escalope frío o un bocadillo?

—¡Naturalmente! —contestó papá—. ¡La brisa del mar le abre a uno el apetito!

Y papá cogió la cesta de *picnic* y se volvió hacia el patrón del barco:

—¿Hace un bocadillo antes de atracar, patrón? —preguntó papá.

Y resulta que nunca conseguimos llegar a la Isla de las Brumas porque, cuando vio el bocadillo, el patrón del barco se puso malísimo y hubo que volver al puerto lo más deprisa posible.



Ha aparecido en la playa un nuevo profesor de gimnasia y todos los padres se han apresurado a apuntar a sus hijos en sus clases. Con su sabiduría de padres, han considerado que tener

ocupados a los niños todos los días durante una hora supondrá un gran beneficio para todo el mundo.

La gimnasia

Ayer tuvimos un nuevo profesor de gimnasia.

—Me llamo Héctor Duval —nos dijo—. ¿Y vosotros?

—Nosotros no —contestó Fabricio, y aquello nos hizo partirnos de risa, de verdad.

Yo estaba en la playa con todos los amigos del hotel: Blas, Fructuoso, Mamerto, ¡que mira que es burro!, Ireneo, Fabricio y Cosme. En la clase de gimnasia había montones de otros chicos, pero son del hotel del Mar y del hotel de la Playa, y no nos gustan un

pelo a los que somos del Costabella.

Cuando acabamos de reírnos, el profesor dobló los brazos y aparecieron dos montonazos de músculos.

—¿Os gustaría tener unos bíceps como estos? —preguntó el profesor.

—¡*Pche!* —contestó Ireneo.

—A mí es que eso no me parece nada bonito —dijo Fructuoso.

Pero Cosme dijo que, al fin y al cabo, pues que sí, que por qué no, que ya le gustaría tener unas bolas así en los brazos para impresionar a los compañeros de su colegio. Cosme, es que me pone de los nervios; siempre quiere darse importancia. Y entonces el profesor dijo:

—Bueno, pues si os portáis como es debido y hacéis bien el curso de gimnasia, cuando volváis al colegio tendréis todos una musculatura así.

Y entonces nos mandó que nos pusiéramos en fila, y Cosme me dijo:

—¿A que no sabes dar volteretas como yo?

Y dio una voltereta. A mí me dio la risa, porque yo soy fantástico dando volteretas, y se lo demostré.

—¡Yo también sé! ¡Yo también sé!
—dijo Fabricio, pero la verdad es que no sabía. El que las daba bien era Fructuoso; en todo caso, mucho mejor que Blas.



Y estábamos allí, todos dando volteretas a diestro y siniestro, cuando oímos sonar unos pitidos tremendos.

—¡Pero bueno! ¡Ya está bien! ¿No? —gritó el profesor—. Os he dicho que os pongáis en fila ¡Para hacer el ganso ya tenéis el resto del día!

Nos colocamos en fila para que no hubiera bronca y el profesor nos dijo que iba a enseñarnos lo que teníamos que hacer si queríamos tener montones

de músculos por todas partes. Levantó los brazos y luego los bajó, los levantó y los bajó, los levantó y entonces uno de los chicos del hotel del Mar nos dijo que nuestro hotel era un adefesio.

—¡No es verdad! —gritó Ireneo—. ¡Nuestro hotel es de lo más genial! ¡El que es una birria es el vuestro!

—Pues en el nuestro —dijo un chico del hotel de la Playa— nos dan helado de chocolate todas las noches.

—¡*Bah!* —dijo otro del hotel del Mar—. ¡A nosotros nos lo dan también a mediodía, y el jueves hubo tortitas con mermelada!

—Pues mi padre —dijo Cosme— siempre pide suplementos y el dueño del

hotel le da todo lo que quiere.

—¡Mentiroso! ¡No es verdad! —dijo un chico del hotel de la Playa.

—¿Va a durar mucho rato vuestra pequeña cháchara? —preguntó el profesor de gimnasia, que ya no movía los brazos porque los tenía cruzados. Lo que movía muchísimo eran los agujeros de la nariz, aunque no creo que a nosotros nos crezcan esos músculos si hacemos lo mismo.

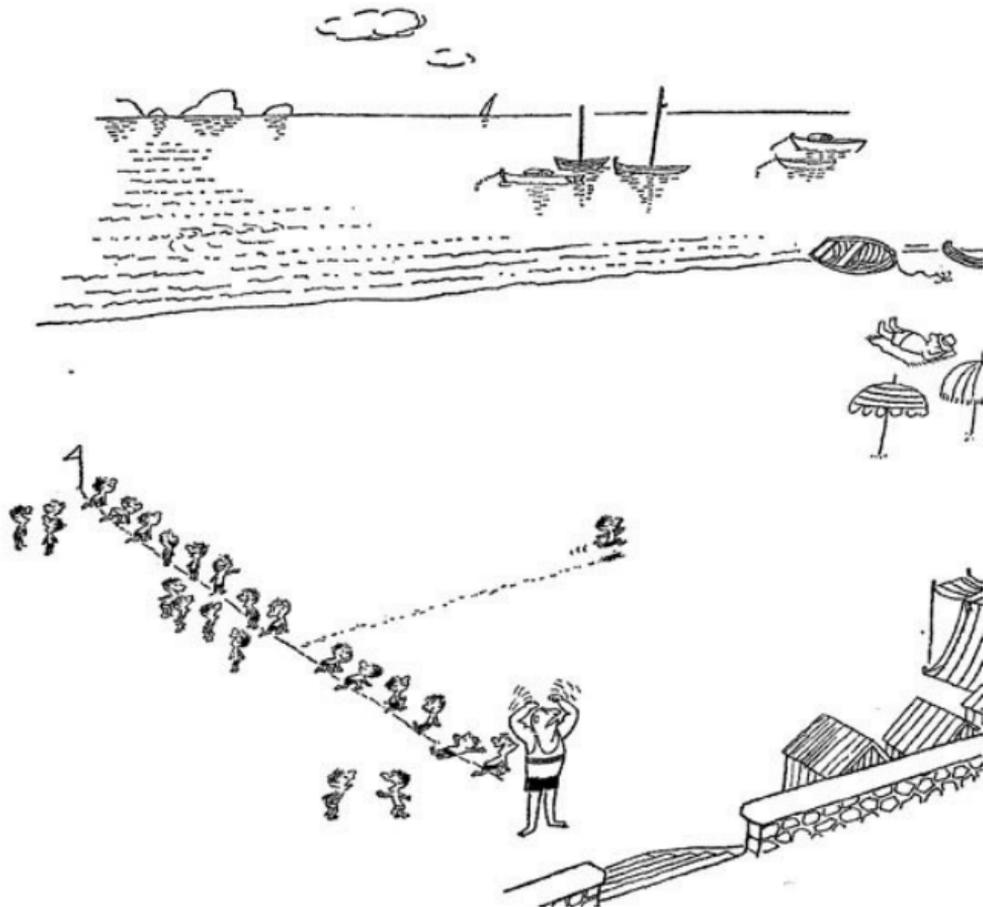


El profesor se pasó una mano por la cara y nos dijo que lo de mover los brazos ya lo veríamos más tarde y que íbamos a empezar con unos juegos. ¡Es estupendo, el profesor!

—Vamos a hacer unas carreras —

dijo—. Poneos ahí en fila. Cuando suene el pito, salís. Y el primero que llegue a aquella sombrilla de allá, será el ganador. ¿Listos?

Y el profesor dio un pitido.



El único que salió fue Mamerto, porque los demás estábamos mirando una concha que había encontrado Fabricio en la playa, y Cosme nos contó

que él había encontrado otra mucho mayor el otro día y que se la iba a regalar a su padre para que se hiciera un cenicero con ella. Entonces el profesor tiró su pito al suelo y le dio un montón de pisotones. La última vez que yo había visto a alguien tan enfadado había sido en el cole, cuando Agnan, que es el primero de la clase y el ojito derecho de la profe, se enteró de que había quedado segundo en el examen de mates.

—¿Me vais a obedecer de una vez, o qué? —gritó el profesor.

—Pero bueno, señor —dijo Fabricio—, si ya pensábamos salir en su carrera. ¿A qué viene tanta prisa?

El profesor cerró los puños y

levantó hacia el cielo los agujeros de la nariz, que le temblaban otra vez. Cuando volvió a bajar la cabeza, se puso a hablar muy despacito y con mucha suavidad.

—Bien —dijo—. Empezaremos otra vez. Listos todos para la salida.

—¡Ni hablar! —gritó Mamerto—. ¡Eso no vale! ¡Ya he ganado yo, que he llegado el primero a la sombrilla! ¡No hay derecho y se lo diré a mi padre!

Y se puso a llorar y a dar patadas en la arena, y luego dijo que en vista de eso se marchaba, y se fue llorando, y yo creo que hizo bien en marcharse porque el profesor le estaba mirando igual que papá cuando miraba el ragú que nos

sirvieron ayer para cenar.

—Hijos míos —dijo el profesor—, queridos niños, amiguitos míos: como alguno de vosotros no haga lo que yo le diga... ¡le voy a arrear una mano de azotes que no se le va olvidar en mucho tiempo!

—No tiene usted derecho —dijo alguien—. A mí solo pueden darme azotes mi papá, mi mamá, mi tito y mi abuelito.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó el profesor.

—Ha sido ese —dijo Fabricio, señalando a un chico del hotel de la Playa, un chaval muy pequeñajo.

—No es verdad, cochino embustero

—dijo el chaval pequeño, y Fabricio le tiró arena a la cara, pero el pequeño le sacudió un tortazo sensacional.

Yo pienso que el pequeño debía de haber hecho gimnasia antes; el caso es que Fabricio se quedó tan sorprendido que se olvidó de llorar. Entonces empezamos todos a pegarnos, y es que los del hotel del Mar y el hotel de la Playa son unos traidores.

Cuando acabamos de pegarnos, el profesor, que estaba sentado en la arena, se levantó y dijo:

—Muy bien. Pasemos al juego siguiente. Todo el mundo mirando al mar. Cuando yo dé la señal, todos al agua. ¿Listos? ¡Ya!



Eso sí que nos apetecía, porque, además de la arena, lo mejor que tiene la playa es el mar.

Corrimos a todo gas y el agua estaba genial y nos salpicamos unos a otros y jugamos a saltar en las olas, y Cosme gritaba:

—¡Miradme! ¡Miradme! ¡Nado

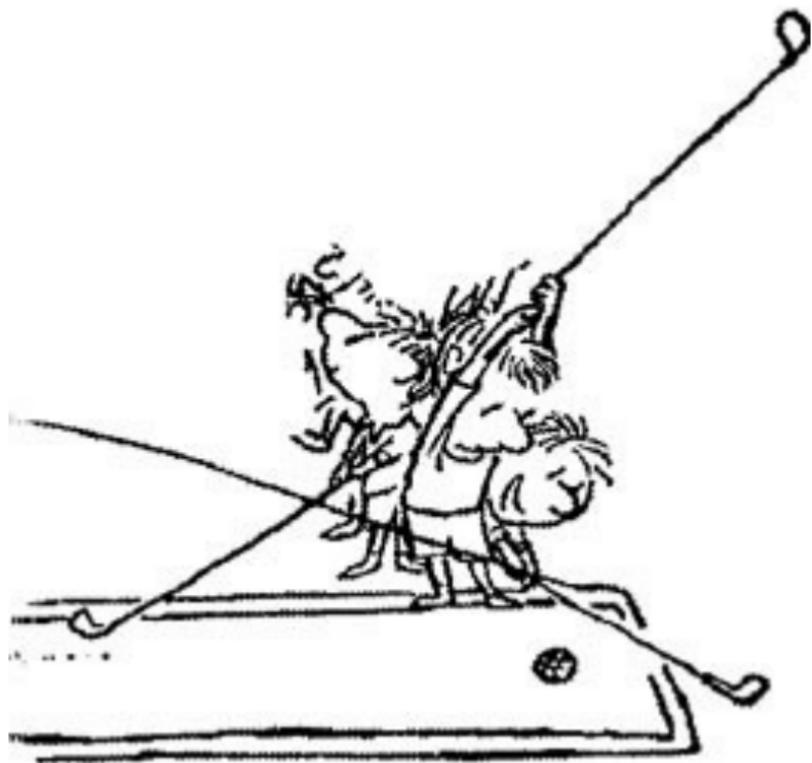
estilo libre!



Y cuando nos volvimos, el profesor ya no estaba allí.

Hoy hemos tenido un profesor de gimnasia nuevo.

—Me llamo Julio Martín —nos ha dicho—. ¿Y vosotros?



Las vacaciones siguen transcurriendo agradablemente y el padre de Nicolás no tiene nada que

reprochar al hotel Costabella, aparte del ragú, sobre todo la noche que se encontró una chirla dentro. Los niños, como están ahora mismo sin profesor de gimnasia, se buscan otras actividades que les permitan descargar su energía desbordante...

El minigolf

Hoy hemos decidido ir a jugar al minigolf que hay al lado de la tienda donde venden *souvenirs*. El minigolf es de lo más genial; os lo explico: hay dieciocho agujeros y te dan unas bolas y unos palos y hay que meter las bolas en los agujeros con los menos bastonazos que puedas. Para llegar hasta los agujeros, hay que pasar por castillitos, ríos, revueltas, montañas, escaleras... Es fantástico. El único agujero fácil es el primero.

Lo que es una lata es que el dueño del minigolf no nos deja jugar si no nos

acompaña una persona mayor. Así que he ido con Blas, Fructuoso, Mamerto, ¡que mira que es burro!, Ireneo, Fabricio y Cosme, que son mis amigos del hotel, a pedirle a mi padre que viniese a jugar al minigolf con nosotros.

—No —ha dicho papá, que estaba leyendo el periódico en la playa.

—¡Vamos, ande, sea usted majo por una vez! —ha dicho Blas.

—¡Vamos, ande! ¡Vamos, ande! — Han gritado los demás.

Y yo me he echado a llorar y he dicho que, en vista de que no podía jugar al minigolf, me montaría en un bote de pedales y me iría lejos, muy lejos, y ya no volverían a verme nunca más.

—No puedes —me ha dicho Mamerto, ¡si será burro!—. Para alquilar un bote de pedales, tiene que acompañarte una persona mayor.

—¡Bah! —ha dicho Cosme, que me pone de los nervios porque siempre quiere darse importancia—. Yo no necesito un bote de pedales. Puedo ir lejísimos nadando estilo libre.

Estábamos todos allí, discutiendo alrededor de papá, y de repente papá ha hecho un gurrño con su periódico, lo ha tirado en la arena y ha dicho:

—Bueno, de acuerdo, os llevaré al minigolf.

Tengo el padre más majo del mundo, la verdad. Se lo he dicho y le he dado un

beso.

No es que al dueño del minigolf le hayan entrado muchas ganas de dejarnos jugar cuando nos ha visto. Pero nos hemos puesto todos a gritar «¡Vamos, ande! ¡Vamos, ande!» y por fin el dueño del minigolf ha aceptado, aunque le ha dicho a papá que nos vigilara bien.

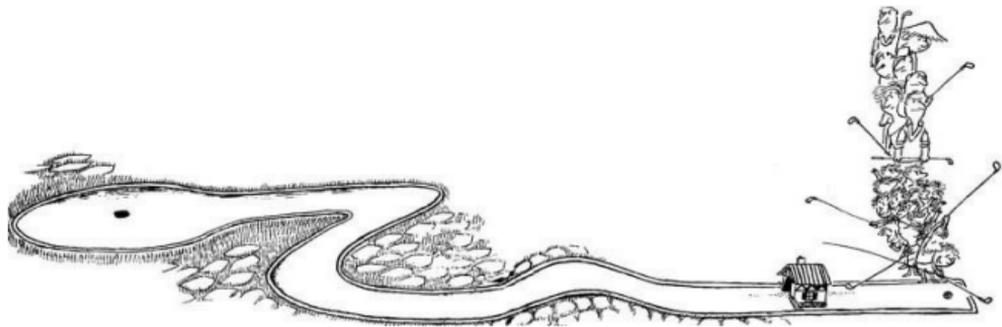
Nos hemos puesto en la salida del primer hoyo, ese que es de lo más fácil, y papá, que sabe montones de cosas, nos ha enseñado lo que hay que hacer para agarrar bien el palo.

—¡Yo ya lo sé! —ha dicho Cosme, y ha querido empezar a jugar, pero Fabricio le ha dicho que el primero no tenía por qué ser él.

—Lo mejor es que lo hagamos por orden alfabético, como en el cole cuando nos pregunta la profe —ha dicho Blas.

Pero yo no estaba de acuerdo porque, en el alfabeto, Nicolás cae de lo más lejos, y eso en el cole es genial, pero en el minigolf no hay derecho. Y ha venido el dueño del minigolf a decirle a papá que debíamos empezar a jugar, porque había gente esperando para empezar su partida.

—Pues va a empezar Mamerto porque es el más formal —ha dicho papá.



Y Mamerto se ha acercado y le ha dado un estacazo impresionante a la bola, que ha saltado en el aire, ha pasado por encima de la verja y ha pegado en un coche que estaba aparcado en la carretera. Mamerto se ha echado a llorar y papá ha ido a buscar la bola.

Papá ha tardado un poco en volver porque en el coche aparcado había un señor, y el señor ha salido del coche y se ha puesto a hablar con papá haciendo un montón de aspavientos, y algunas

personas se han acercado a verlos y se reían.

Nosotros queríamos seguir jugando, pero Mamerto se había sentado encima del hoyo y lloraba y decía que no pensaba levantarse hasta que le devolvieran su bola y que éramos todos muy malos. Por fin papá ha vuelto con la bola y con cara de pocos amigos.

—A ver si tenéis un poco más de cuidado —ha dicho.

—Vale —ha dicho Mamerto—, deme la bola.

Pero papá no ha querido, le ha dicho a Mamerto que ya bastaba por hoy y que ya jugaría otro día. Eso no le ha gustado un pelo a Mamerto, que ha empezado a

soltar patadas a diestro y siniestro y se ha puesto a gritar que todo el mundo abusaba de él y que, en vista de eso, se iba a buscar a su padre. Y se ha marchado.

—Bueno, me toca a mí —ha dicho Ireneo.

—No señor —ha dicho Fructuoso—, ahora juego yo.

Y entonces Ireneo le ha dado con el palo en la cabeza a Fructuoso y Fructuoso le ha dado un sopapo a Ireneo y el dueño del minigolf ha venido corriendo.

—¡Oiga! —le ha gritado a papá el dueño del minigolf—. ¡Llévese de aquí a sus mocosos! ¡Hay gente esperando

para jugar!

—Un poco de educación —ha dicho papá—. ¡Estos niños han pagado por jugar y van a jugar!

—¡Muy bien! —le ha dicho Fabricio a papá—. ¡Así se habla!

Y todos mis amigos se han puesto completamente de parte de papá, menos Ireneo y Fructuoso, que estaban ocupados dándose palos y sopapos.

—¡Ajá! ¿Con que esas tenemos? —ha dicho el dueño del minigolf—. ¿Y si llamo a un guardia?

—Llámelo —ha dicho papá—. Ya veremos a quién da la razón.

Y entonces el dueño del minigolf ha llamado al guardia de la carretera.

—¡Luciano! —ha gritado el dueño del minigolf.

Y ha venido el guardia.

—¿Qué pasa, Ernesto? —le ha preguntado el guardia al dueño del minigolf.

—Pasa —ha dicho el dueño del minigolf— que este individuo está impidiendo jugar a otras personas.

—Eso es —ha dicho un señor—. ¡Llevamos ya esperando media hora para hacer el primer hoyo!

—¿Pero es que a su edad no tiene usted nada más interesante que hacer? —le ha preguntado papá.

—¿Que no tiene qué? —ha dicho el dueño del minigolf—. ¡Mire, si no le

gusta a usted el minigolf, al menos no les quite el gusto por el minigolf a los demás!

—Por cierto —ha dicho el guardia —, un señor acaba de denunciar que una bola de minigolf le ha abollado la carrocería del coche.

—Pero bueno, ¿podemos hacer el primer hoyo, sí o no? —ha preguntado el señor que esperaba.

Y entonces ha llegado Mamerto con su padre.

—¡Es ese! —le ha dicho Mamerto a su padre, señalando a mi padre.

—A ver —ha dicho el padre de Mamerto—, parece ser que impide usted a mi hijo jugar con sus amiguitos.

Y entonces papá se ha puesto a gritar, el dueño del minigolf se ha puesto a gritar y todo el mundo se ha puesto a gritar y el guardia ha empezado a dar pitidos y por fin papá nos ha hecho salir a todos del minigolf, y eso a Cosme no le ha gustado nada porque decía que, cuando nadie le estaba mirando, había hecho el hoyo de un solo golpe, pero yo estoy seguro de que es una trola.

En vista de que nos hemos divertido tanto en el minigolf, hemos decidido volver mañana para intentar hacer el segundo hoyo.

De lo que no estoy seguro es de que papá quiera acompañarnos.



Pues no, el padre de Nicolás nunca ha vuelto a querer ir al minigolf. De hecho le ha cogido una profunda manía al minigolf, casi tanta como al ragú del hotel Costabella. La madre de Nicolás ha dicho que no hay que armar

escándalo a propósito del ragú, y el padre de Nicolás le ha contestado que, al precio que pagan por la pensión completa, lo que es un escándalo es servir semejantes cosas en la mesa. Y ha empezado otra vez a llover, lo que no ha contribuido precisamente a arreglar la situación...

¡Jugamos a las tiendas!

Lo que pasa con las niñas es que no saben jugar, lloran todo el rato y siempre hay jaleo por su culpa. En el hotel hay tres.

Las tres niñas que hay en el hotel se llaman Isabel, Miguelina y Gisela. Gisela es la hermana de mi amigo Fabricio y se pelean los dos todo el rato, y Fabricio me ha contado lo molesto que resulta que tu hermana sea una niña y que, como sigan las cosas así, piensa marcharse de casa.

Cuando hace bueno y estamos en la playa, las niñas no nos molestan. Juegan a juegos estúpidos, hacen montones de flanes de arena, se cuentan bobadas y hasta se pintan las uñas de rojo con lápices de colores. En cambio, nosotros y los demás amigos hacemos cosas estupendas: echamos carreras, damos volteretas, jugamos al fútbol, nadamos y nos pegamos. Cosas geniales, vamos.

Pero, cuando no hace bueno, la cosa cambia porque tenemos que quedarnos todos juntos en el hotel. Y ayer no hizo bueno y llovía sin parar. Después de la comida, que nos dieron raviolis y estaban muchísimo mejores que el ragú, nuestros padres y nuestras madres se

fueron a dormir la siesta. Blas, Fructuoso, Mamerto, Ireneo y Cosme, o sea yo y todos mis amigos del hotel, estábamos en el salón jugando a las cartas sin hacer ruido. No queríamos hacer el ganso porque, cuando llueve, los padres y las madres no están para bromas.

Y entonces entraron las tres niñas en el salón.

—Queremos jugar con vosotros — dijo Gisela.



—¡Chiche, o nos dejas en paz o te arreo un tortazo! —dijo Fabricio.

Aquello no le gustó un pelo a Gisela.

—¿Pues sabes lo que voy a hacer si no podemos jugar con vosotros, Fafi? —dijo Gisela—. Se lo contaré todo a papá y a mamá, para que lo sepas, y te castigarán, y castigarán también a tus amigos y os quedaréis sin postre.

—Bueno —dijo Mamerto, ¡si será

burro!—. Podéis jugar con nosotros.

—A ti nadie te ha pedido tu opinión —dijo Fabricio.

Y entonces Mamerto se echó a llorar y dijo que no le apetecía que le castigaran, que no había derecho y que, si le dejaban sin postre, se suicidaría. Mamerto nos estaba poniendo nerviosos a todos porque, con el ruido que armaba, iba a acabar despertando a nuestros padres y a nuestras madres.

—Bueno, ¿qué? —le pregunté a Ireneo.

—*Pche* —me contestó Ireneo.

Así que decidimos dejarles a las niñas jugar con nosotros.

—¿A qué jugamos? —preguntó

Miguelina, una gorda que me recuerda a Alceste, un compañero del cole que come todo el rato.

—A las tiendas —dijo Isabel.

—¡Tú estás chalada! —dijo Fabricio.

—Vale, Fafi —dijo Gisela—, voy a despertar a papá. ¡Y ya sabes cómo se pone papá cuando le despiertan!

Entonces Mamerto se echó a llorar y dijo que él quería jugar a las tiendas. Blas dijo que, antes que jugar a las tiendas, prefería ir él mismo a despertar al padre de Fabricio. Pero Fructuoso dijo que creía que esa misma noche iban a darnos de postre helado de chocolate, conque dijimos que bueno, que vale.

Gisela se colocó detrás de una mesa del salón, puso las cartas y unos ceniceros encima de la mesa y dijo que ella sería la dueña de la tienda, que la mesa sería el mostrador, que lo que había encima de la mesa serían las cosas que ella vendía y que nosotros teníamos que ir a comprárselas.

—Eso es —dijo Miguelina—. Y yo seré una señora muy guapa y muy rica y tendré un coche y un montón de abrigos de pieles.

—Eso es —dijo Isabel—. Y yo seré otra señora aún más rica y más guapa y tendré un coche con asientos rojos, como el de tito Juan Diego, y zapatos de tacón alto.

—Eso es —dijo Gisela—. Y Cosme será el marido de Miguelina.

—No me da la gana —dijo Cosme.

—¿Y por qué no? —preguntó Miguelina.

—Pues porque te encuentra demasiado gorda, ¿por qué va a ser? —dijo Isabel—. Seguro que prefiere ser mi marido.

—¡No es verdad! —dijo Miguelina, y le dio una torta a Cosme y Mamerto se echó a llorar.



Cosme dijo que sería marido de quien fuera con tal de que se callara Mamerto.

—Vale —dijo Gisela—, pues vamos a empezar a jugar. Nicolás, tú serás el primer cliente, pero, como eres muy pobre y no tienes dinero ni para comprarte comida, yo seré muy generosa y te daré cosas gratis.

—Yo no juego —dijo Miguelina—. Después de lo que me ha dicho Isabel, no voy a hablarme con nadie nunca más.

—¡Vaya por Dios! ¡La señorita se hace la remilgada! —dijo Isabel—. ¿Es que tú te crees que no sé lo que le dijiste de mí a Gisela cuando no estaba yo delante?

—¡Pero habrase visto, mentirosa! —gritó Miguelina—. ¡Después de todo lo que me dijiste tú de Gisela!

—¡Isabel! ¿Qué le dijiste de mí a Miguelina? —preguntó Gisela.

—¡Nada! ¡Yo de ti a Miguelina no le dicho nada, para que te enteres! —dijo Isabel.



—¡Tendrás cara! —gritó Miguelina—. Me lo dijiste delante del escaparate de la tienda donde tenían el bañador negro con florecitas rosas, ese que me sentaría tan bien, ya sabes cuál te digo.

—¡No es verdad! —gritó Isabel—. Pero Gisela sí que me ha dicho lo que le dijiste de mí en la playa.

—A ver, chicas —interrumpió Fabricio—, ¿jugamos o no?

Y entonces Miguelina le dijo a Fabricio que no se metiera donde no le importaba y le arañó.



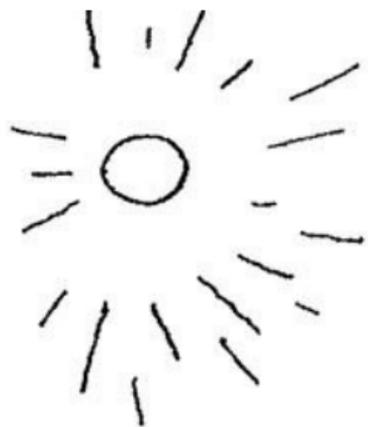
—¡Deja en paz a mi hermano! —dijo Gisela, y le tiró de las trenzas a Miguelina y Miguelina se puso a gritar y le dio una torta a Gisela, y eso le hizo partirse de risa a Fabricio, pero Mamerto se echó a llorar, y las niñas hacían un ruido tremendo y bajaron al salón montones de padres y de madres preguntando qué pasaba.



—Son los chicos, que no nos dejan jugar a las tiendas en paz —dijo Isabel. Y nos castigaron a todos sin postre.

Y Fructuoso tenía razón. ¡Esa noche había helado de chocolate!





Por fin, el último día de vacaciones, volvió radiante el sol. Pero hubo que decir adiós a todos los amigos, hacer las maletas y subir de nuevo al tren. El dueño del hotel Costabella le propuso al

padre de Nicolás darle un poco de ragú para el viaje, pero el padre de Nicolás no lo aceptó. Hizo mal, porque esta vez eran los huevos duros los que se habían quedado en la maleta marrón que iba en el furgón de equipajes.

Hemos vuelto

Estoy contentísimo de haber vuelto a casa, pero mis amigos de las vacaciones no están aquí y mis amigos de aquí todavía están de vacaciones y yo estoy completamente solo, y no hay derecho y me he echado a llorar.

—¡Ah, no! —ha dicho papá—. Mañana vuelvo al trabajo y hoy quiero descansar un poco. ¡No empieces a darme la murga!

—Bueno, bueno —le ha dicho mamá a papá—, ten un poco de paciencia con el pequeño. Ya sabes cómo son los críos cuando vuelven de vacaciones.

Y mamá me ha dado un beso, me ha secado la cara, me ha sonado los mocos y me ha dicho que me distrajera sin armar jaleo. Yo le he dicho a mamá que de acuerdo, pero que no sabía qué hacer.

—¿Y por qué no haces germinar una judía? —me ha preguntado mamá.

Me ha explicado que era fantástico, que se coge una judía, se pone en un trozo de algodón mojado y más tarde se ve aparecer un tallo, luego unas hojas y enseguida consigue uno tener una planta de judías preciosa, y que es la mar de divertido y que papá me enseñaría.

Papá, que estaba tumbado en el sofá del cuarto de estar, ha dado un gran suspiro y me ha dicho que fuera a buscar

el algodón. Yo he ido al cuarto de baño y no he tirado demasiadas cosas; además, es muy fácil quitar del suelo los polvos de talco con un poco de agua, y he vuelto al cuarto de estar y le he dicho a papá:

—Aquí está el *godón*, papá.

—Se dice el algodón, Nicolás —me ha explicado papá, que sabe montones de cosas porque a mi edad era el primero de su clase y un ejemplo tremendo para sus compañeros.

—Bien —me ha dicho papá—. Ahora ve a la cocina a por una judía.

No he encontrado ninguna judía en la cocina. Ni tampoco pasteles, porque, antes de marcharnos, mamá lo había

vaciado todo menos el trozo de queso de camembert que se le olvidó en la despensa, que por eso hubo que abrir la ventana de la cocina cuando volvimos de vacaciones.

Cuando he vuelto al cuarto de estar y le he dicho a papá que no había encontrado ninguna judía, papá me ha dicho:

—Bueno, pues mala suerte —y se ha puesto otra vez a leer el periódico, pero yo he llorado y he gritado:

—¡Quiero hacer germinar una judía!
¡Quiero hacer germinar una judía!
¡Quiero hacer germinar una judía!

—Nicolás —me ha dicho papá—, te vas a llevar una azotaina.

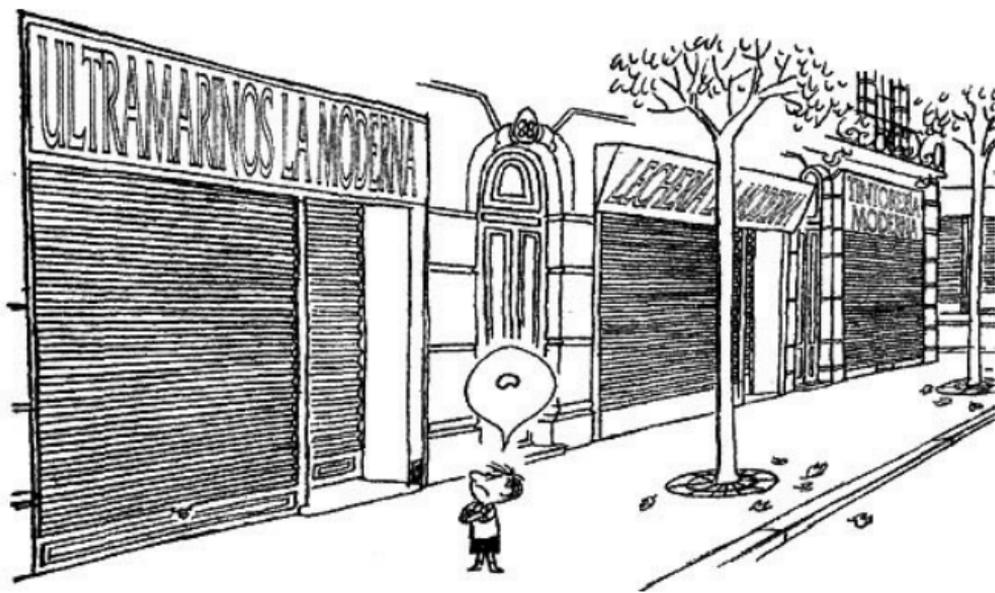
¡Pero bueno, es que es increíble!
¡Quieren que haga germinar una judía y,
en vista de que no hay judías, me van a
castigar! Entonces sí que me he puesto a
llorar en serio. Y ha venido mamá y,
cuando se lo he contado, me ha dicho:

—Ve a la tienda de comestibles de
la esquina y pide que te den una judía.

—Eso es —ha dicho papá—, y
tómate todo el tiempo que quieras.

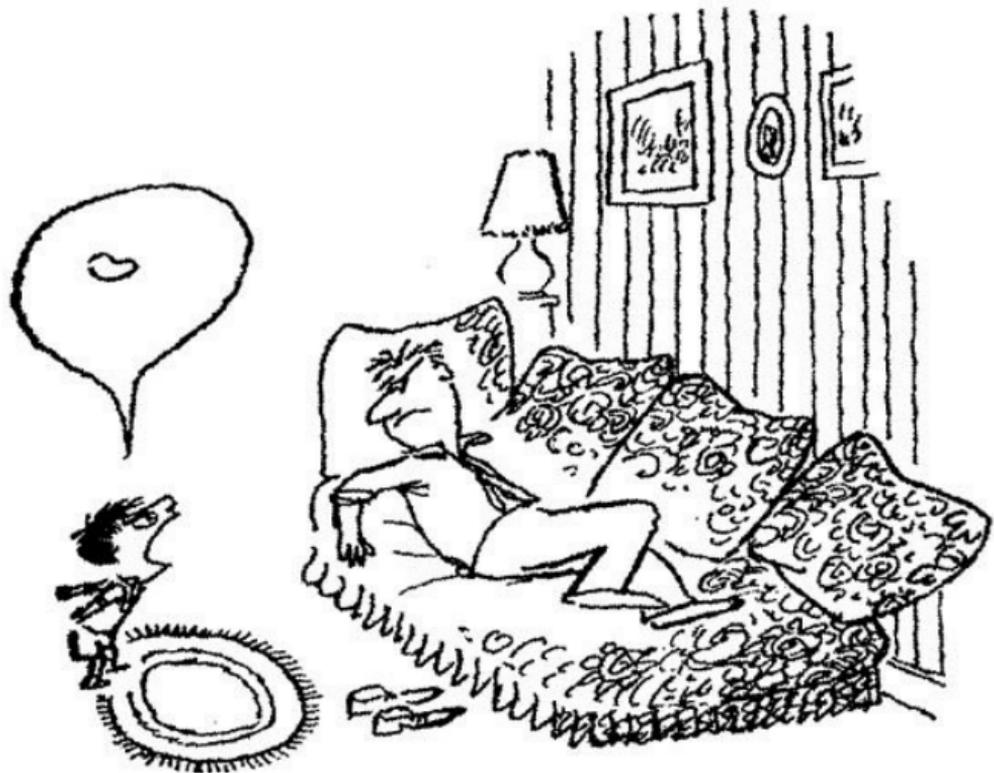
De modo que he ido a la tienda del
señor Compani, que es el tendero de la
esquina y es de lo más majo porque, a
veces, cuando voy a su tienda me da
bizcochos. Pero esta vez no me ha dado
nada, porque la tienda de comestibles
estaba cerrada y tenía un papel en el que

ponía que era por las vacaciones.



He vuelto a casa corriendo. Papá seguía en el sofá, pero ya no leía; se había puesto el periódico encima de la cara.

—¡La tienda del señor Compani está cerrada! —he gritado—. ¡Conque, de judía, nada!



Papá se ha sentado de golpe.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Qué pasa? —ha preguntado.

Así que he tenido que explicárselo otra vez. Papá se ha pasado la mano por

la cara, ha dado unos grandes suspiros y ha dicho que él no podía solucionarlo.

—¿Y entonces qué es lo que voy a hacer germinar en mi trozo de el algobón? —he preguntado.

—Se dice en mi trozo de algodón, no de el algobón —me ha dicho papá.

—¡Pero si tú me has dicho que se dice el algodón! —he contestado.

—¡Nicolás! —ha gritado papá—. ¡Ya basta! ¡Ve a jugar a tu cuarto!

He subido llorando a mi cuarto y he encontrado en él a mamá, que estaba ordenando.

—No, Nicolás, no entres aquí —me ha dicho mamá—. Baja a jugar al cuarto de estar. ¿Por qué no haces germinar una

judía, como te he dicho?

En el cuarto de estar, antes de que papá se pusiera a gritar, le he explicado que era mamá la que me había dicho que bajase y que iba a enfadarse si me oía llorar.

—Bueno —me ha dicho papá—, pero pórtate bien.

—¿Y ahora dónde encuentro yo una judía para germinarla? —he preguntado.

—No se dice germinarla, se dice... —ha empezado a decir papá, pero me ha mirado, se ha rascado la cabeza y me ha dicho—: Ve a buscar unas lentejas a la cocina. Puedes usarlas en vez de la judía.

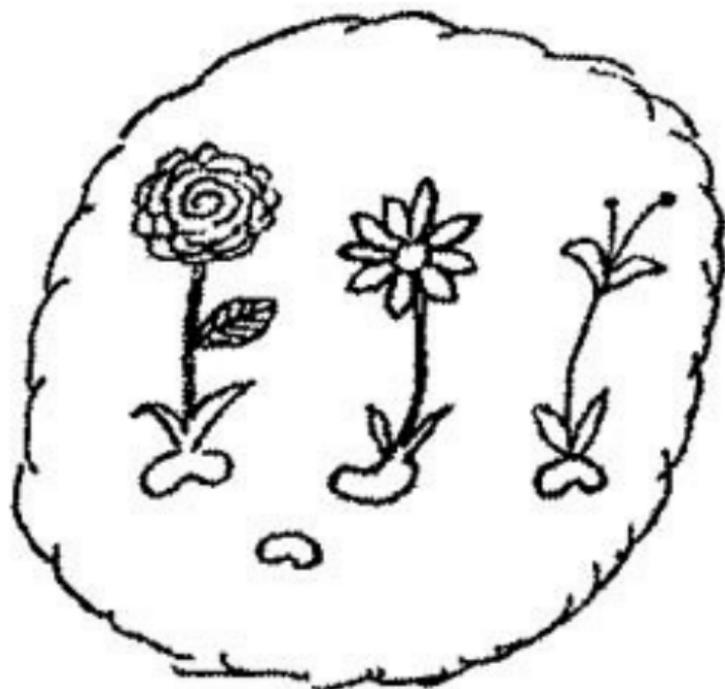
Y me he puesto de lo más contento,

porque resulta que sí había lentejas en la cocina. Y papá me ha enseñado cómo había que empapar el algodón y ponerle las lentejas encima.

—Ahora —me ha dicho papá— ponlo todo en un platito, en el borde de la ventana, y más tarde saldrán los tallos y las hojas.

Y ha vuelto a recostarse en el sofá.

Yo he hecho lo que me ha dicho papá y me he puesto a esperar, pero no he visto que saliera ningún tallo de las lentejas y me he preguntado qué sería lo que iba mal. Como no lo sabía, he ido a ver a papá.



—¿Y ahora qué pasa? —ha gritado papá.

—No sale ningún tallo de las lentejas —he dicho.

—¿Tú quieres una buena azotaina? —ha gritado papá.

Y yo he dicho que iba a irme de casa, que era muy desgraciado, que no me volverían a ver nunca, que me echarían mucho de menos y que el rollo de las lentejas era un cuento chino, y mamá ha entrado corriendo en el cuarto de estar.

—¿Es que no puedes tener algo más de paciencia con el niño? —le ha preguntado mamá a papá—. Yo tengo

que poner orden en la casa y no me queda tiempo para ocuparme de él, así que digo yo que...

—¡Y yo digo que un hombre —ha dicho papá— debería poder tener cierta tranquilidad en su propia casa!

—Cuánta razón tenía mi pobre madre... —ha dicho mamá.

—¡No metas en esto a tu madre, que no tiene nada de pobre, por cierto! —ha gritado papá.

—Eso es —ha dicho mamá—. ¡Encima insulta a mi madre!

—¿Qué yo he insultado a tu madre? —ha gritado papá.

Y mamá se ha echado a llorar y papá se ha puesto a caminar dando gritos por

el cuarto de estar, y yo he dicho que, si mis lentejas no germinaban inmediatamente, me iba a suicidar. Y entonces mamá me ha dado una azotaina.

¡Hay que ver lo insoportables que son los padres cuando vuelven de vacaciones!

9



Ha transcurrido un nuevo curso escolar tan dedicado al estudio como el año anterior. Tras el reparto de premios, Nicolás, Alcestes, Rufo, Eudes, Godofredo, Majencio, Joaquín, Clotario y Agnan se han dispersado con una cierta melancolía. Pero el atractivo de las vacaciones está ahí, y la alegría regresa enseguida a los jóvenes corazones de los colegiales.

Hay que ser razonable

¡A mí lo que me extraña es que en casa todavía no se haya hablado de las vacaciones! Otros años, papá dice que quiere ir a algún sitio, mamá dice que ella quiere ir a otro y se arma un montón de jaleo. Papá y mamá dicen que, en vista de eso, prefieren quedarse en casa, yo lloro y por fin vamos adonde quería ir mamá. Pero este año, nada.

Y sin embargo mis compañeros del cole están todos preparándose para marcharse. Godofredo, que tiene un

padre muy rico, va a pasar las vacaciones en la gran mansión que tiene su padre junto al mar. Godofredo nos ha dicho que tiene un trozo de playa para él solito y que nadie puede entrar allí a hacer flanes. Aunque puede que todo sean puros faroles, porque la verdad es que Godofredo es muy mentiroso.

Agnan, que es el primero de la clase y el ojito derecho de la profe, se va a Inglaterra, a pasar las vacaciones metido en un colegio donde le van a enseñar a hablar en inglés. Está loco, Agnan.

Alcestes va a ir a comer trufas al Perigord^[2], donde un amigo de su padre tiene una charcutería. Y así todos: se marchan al mar, a la montaña o, al

campo a casa de sus abuelas. Yo soy el único que todavía no sé adónde voy a ir, y es una faena porque una de las cosas que más me gustan de las vacaciones es hablar de ellas con mis amigos, antes y después.

Por eso hoy le he preguntado en casa a mamá que adónde íbamos a ir de vacaciones. Mamá ha puesto una cara muy rara, me ha dado un beso en el pelo y me ha dicho que ya hablaríamos de ello «cuando llegue papá, cariño» y que ahora me fuera a jugar al jardín.



De modo que he salido al jardín y he esperado a papá y, cuando ha vuelto de su oficina, he corrido hacia él y me ha cogido en brazos y me ha dicho «¡Aúpa!», y le he preguntado que adónde íbamos a ir de vacaciones. Entonces papá ha dejado de reírse, me ha dejado en el suelo y me ha dicho que hablaríamos de ello en casa, donde hemos encontrado a mamá sentada en el cuarto de estar.

—Creo que ha llegado el momento —ha dicho papá.

—Sí —dijo mamá—. Me ha hablado de ello hace un rato.

—Entonces habrá que decírselo —

ha dicho papá.

—Pues nada, díselo —ha dicho
mama.

—¿Por qué yo? —preguntó papá—.
Puedes decírselo tú misma.

—¿Yo? Tú eres quien se lo tiene que
decir —dijo mamá—. La idea ha sido
tuya.

—Perdona, perdona —dijo papá—,
pero tú estabas de acuerdo conmigo.
Incluso has dicho que le sentaría
estupendamente bien y a nosotros
también. Tienes las mismas razones que
yo para decírselo.

—Pero bueno —he dicho—,
¿hablamos de las vacaciones o no
hablamos de las vacaciones? Todos mis

compañeros se marchan y van a pensar que soy un pringado si no puedo decirles adónde vamos y qué pensamos hacer.

Entonces papá se ha sentado en la butaca, me ha agarrado las manos y me ha acercado a sus rodillas.



—Mi Nicolás es ya un chicarrón razonable, ¿verdad que sí? —ha preguntado papá.

—¡Desde luego! —ha contestado mamá—. ¡Si está ya hecho un hombre!

Yo no las tengo todas conmigo cuando me dicen que ya estoy hecho un hombre porque, por lo general, cuando me dicen eso es que van a obligarme a hacer alguna cosa que no me gusta.

—¡Y yo estoy seguro de que a mi chicarrón le encantaría ir al mar! —ha dicho papá.

—¡Sí, sí! —he dicho yo.

—Ir al mar, nadar, pescar, jugar en la playa, pasearse por los bosques —ha

dicho papá.

—¿Hay bosques donde vamos a ir?
—he preguntado—. ¿Entonces no es el
sitio donde estuvimos el año pasado?

—Escucha —le ha dicho mamá a
papá—. Yo es que no puedo. Me
pregunto si a fin de cuentas ha sido una
idea tan buena. Prefiero renunciar a ello.
Quizá el año que viene...

—¡No! —ha dicho papá—. Lo
decidido, decidido está. ¡Un poco de
valor, qué demonios! Y Nicolás va a ser
muy razonable, ¿verdad, Nicolás?

Yo he dicho que sí, que iba a ser de
lo más razonable. Estaba encantado con
el rollo del mar y de la playa; me
encanta todo eso. Lo del paseo por los

bosques tiene menos gracia como no sea para jugar al escondite, que para eso es genial.

—¿Y vamos a ir a un hotel? —he preguntado.

—Pues no exactamente —ha dicho papá—. Creo... creo que dormirás en una tienda. Se está la mar de bien, ¿sabes?...

Entonces sí que me he puesto contento.

—¿En una tienda? ¿Como los indios del libro que me regaló la tía Dorotea? —he preguntado.

—Eso es —ha dicho papá.

—¡Qué genial! —he gritado—. ¿Y me dejarás que te ayude a montar la

tienda? ¿Y a hacer fuego para guisar la comida? ¿Y me enseñarás a hacer pesca submarina para traerle peces grandes a mamá? ¡Va ser genial, genial, genial!

Papá se ha secado la cara con el pañuelo, como si tuviera mucho calor, y me ha dicho:

—Nicolás, tenemos que hablar de hombre a hombre. Tienes que ser muy razonable.

—Y si eres bueno y te portas como un chico mayor —ha dicho mamá—, esta noche habrá tarta de postre.

—Y llevaré tu bici a arreglar, como me pediste hace ya tanto tiempo —ha dicho papá—. Bueno, veamos pues... Hay una cosa que tengo que explicarte...

—Voy a la cocina —ha dicho mamá.

—¡No! ¡Quédate! —ha dicho papá

—. Habíamos decidido decírselo los dos juntos...

Y entonces papá ha tosido un poco con la garganta, me ha puesto las manos en los hombros y me ha dicho:

—Nicolás, muchacho, no vamos a ir de vacaciones contigo. Vas a ir tú solo, como una persona mayor.

—¿Cómo que yo solo? —he preguntado—. ¿Es que vosotros no vais?

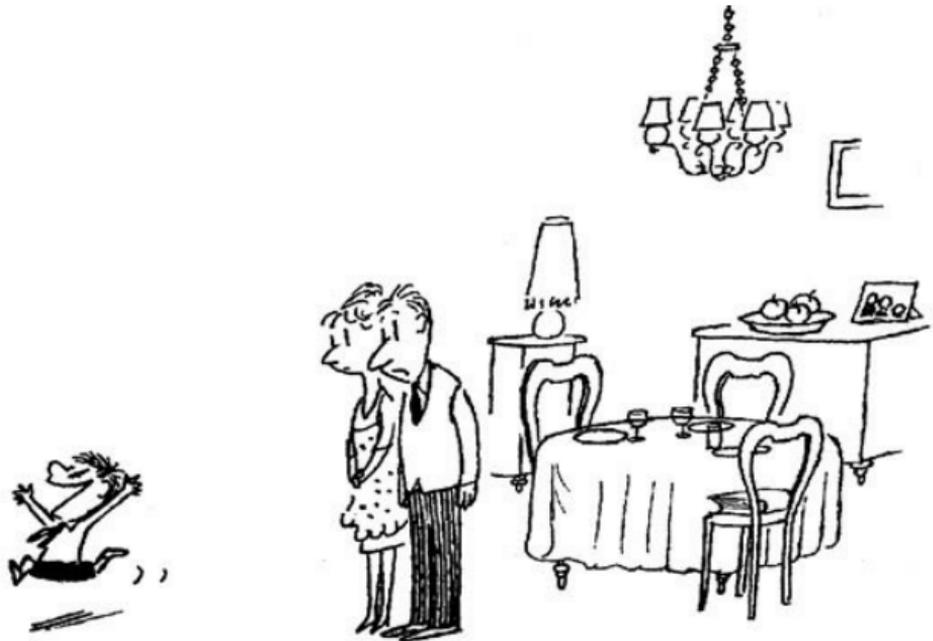
—Nicolás —ha dicho papá—, te lo ruego, sé razonable. Mamá y yo vamos a hacer un viajecito y, como pensamos que ese plan no te divertiría, hemos decidido que tú irás a una colonia de vacaciones.

Es algo que va a sentarte de maravilla, estarás con compañeros de tu edad y te divertirás muchísimo...

—Ya sé que será la primera vez que te separes de nosotros, Nicolás, pero es por tu bien —ha dicho mamá.

—De modo que, Nicolás, campeón... ¿qué piensas? —me ha preguntado papá.

—¡Genial! —he gritado yo, y me he puesto a bailotear por el cuarto de estar.



Y es que es verdad, por lo visto las colonias de vacaciones son sensacionales: se hacen montones de amigos, se dan paseos, se juega, se canta alrededor de una hoguera grande, y me he puesto tan contento que les he dado un beso a papá y a mamá.

La tarta del postre estaba muy buena,

y yo he repetido varias veces porque ni papá ni mamá la han probado. Lo más curioso es que los dos me miraban con unos ojos como platos. Hasta parecía como si estuvieran un poco enfadados.

Y eso que, no sé, pero yo creo que he sido razonable, ¿no?



Los preparativos han ido a buen

ritmo, a pesar de haberlos interrumpido diecisiete llamadas de teléfono de la abuela de Nicolás. El único incidente curioso es que a la madre de Nicolás le entran cosas en los ojos continuamente y, por más que se suene la nariz, no hay manera...

La marcha

Hoy me voy a una colonia de vacaciones y estoy de lo más contento. Lo único que me fastidia es que papá y mamá tienen pinta de estar algo tristes. Seguro que es porque no están acostumbrados a quedarse solos en vacaciones.

Mamá me ayudó a hacer la maleta, y pusimos las camisetas, los pantalones de deporte, las alpargatas, los cochecitos, el traje de baño, las toallas, la locomotora del tren eléctrico, los huevos duros, los plátanos, los bocadillos de salchichón y de queso, la

red para pescar quisquillas, el jersey de manga larga, los calcetines y las canicas. Tuvimos que hacer varios paquetes aparte, claro, porque la maleta no era lo bastante grande, pero me arreglaré.

Yo es que tenía miedo a perder el tren, así que, después de comer, le pregunté a papá si no sería mejor salir inmediatamente para la estación. Pero papá me dijo que aún era un poco pronto, que el tren no salía hasta las seis de la tarde y que hay que ver lo impaciente que estaba por dejarlos. Y mamá se fue a la cocina con su pañuelo diciendo que se le había metido algo en el ojo.

No sé lo que les pasa a papá y a mamá, que tienen tanta pinta de estar molestos. Tan molestos que no me atrevo a decirles que se me pone una bola gorda en la garganta cuando pienso que no voy a verlos durante casi un mes. Si se lo dijera, seguro que se burlarían de mí y me echarían la bronca.

Estaba yo sin saber qué hacer mientras llegaba la hora de irnos, y a mamá no le hizo ninguna gracia que vaciara mi maleta para coger las canicas, que estaban en el fondo.

—El niño está que no puede más — le dijo mamá a papá—. En realidad, creo que sería mejor que nos fuéramos ahora mismo.

—Pero si falta todavía una hora y media para que salga el tren... —dijo papá.

—¡*Bah!* —dijo mamá—. Si llegamos con tiempo, encontraremos el andén vacío y nos evitaremos los empujones y la confusión.

—Como tú quieras —dijo papá.

Y subimos al coche y nos pusimos en marcha. Dos veces, porque la primera vez nos olvidamos la maleta en casa.

Todo el mundo había llegado antes de tiempo a la estación. Había cantidad de gente gritando y armando ruido por todas partes. Nos costó mucho encontrar un sitio para aparcar, muy lejos de la estación, y esperamos a papá, que tuvo

que volver al coche a por la maleta porque creía que la había cogido mamá. En la estación, papá nos dijo que estuviéramos muy juntos para no perdernos. Por fin vio a un señor de uniforme que estaba de lo más gracioso, porque tenía la cara toda roja y la gorra atravesada.

—Perdone, señor —preguntó papá—, ¿el andén número 11, por favor?

—Lo encontrará usted entre el andén número 10 y el andén número 12 —contestó el señor—. Por lo menos, allí es donde estaba la última vez que pasé.

—Oiga usted, a ver si... —dijo papá, pero mamá dijo que no había que ponerse nerviosos ni discutir, que ya

encontraríamos el andén nosotros solos.

Y llegamos a la entrada del andén, que estaba lleno, lleno, lleno de gente, y papá compró tres billetes de andén para él y para mamá. Dos la primera vez y uno cuando volvió a buscar la maleta, que se había quedado delante de la máquina de los billetes.

—Bueno —dijo papá—. No perdamos la calma. Ahora tenemos que ir al vagón *Y*.

Como el vagón que estaba más cerca de la entrada del andén era el *A*, tuvimos que andar un buen rato, y no fue fácil la cosa por culpa de la gente y de esos cochecitos tan geniales llenos de maletas y de cestas, y también por culpa

del paraguas de un señor gordo, que se quedó enganchado en mi red para pescar quisquillas y papá y el señor se enfadaron, pero mamá le tiró a papá del brazo y por eso se cayó el paraguas del señor, que todavía estaba enganchado de la red para pescar quisquillas. Pero la cosa se solucionó de lo más bien porque, con el ruido de la estación, no oímos lo que gritaba el señor.

Delante del vagón 7 había montones de chavales de mi edad, padres, madres y un señor que sujetaba una pancarta que decía: «Campamento Azul», que es el nombre de la colonia de vacaciones adonde voy yo. Todo el mundo gritaba. El señor de la pancarta tenía unos

papeles en la mano. Papá le dijo mi nombre, el señor rebuscó en sus papeles y gritó:

—¡Lestouffe! ¡Otro más para vuestro equipo!

Y vimos llegar a un chico mayor que debía de tener por lo menos diecisiete años, como el hermano que le enseña a boxear a mi amigo Eudes.

—Hola, Nicolás —dijo el chico mayor—. Mi nombre es Gerardo Lestouffe y soy tu jefe de equipo. Nuestro equipo se llama Ojo de Lince.

Y me dio la mano. De lo más genial.

—En sus manos lo dejamos —dijo papá, riéndose.

—No se preocupen lo más mínimo

—dijo mi jefe—. Cuando vuelva, no lo reconocerán ustedes.

Y a mamá se le metió otra vez algo en el ojo y tuvo que sacar el pañuelo. Una señora, que llevaba de la mano a un niño pequeño que se parecía a Agnan, sobre todo por lo de las gafas, se acercó a mi jefe y le dijo:

—¿No es usted un poco joven para ser el responsable de vigilar a unos niños?

—Desde luego que no, señora —contestó mi jefe—. Soy monitor diplomado. No tiene nada que temer.

—Ya —dijo la señora—. Bueno, bueno... ¿Y cómo cocina usted?

—¿Cómo? —preguntó el jefe.

—Pues eso —dijo la señora—, que si cocina usted con mantequilla, con aceite o con manteca. Porque, se lo aviso desde ahora mismo, mi pequeñín no soporta la manteca. Es muy sencillo: ¡si quiere usted que devuelva, dele manteca!

—Pero, señora... —dijo mi jefe.

—Y además —dijo la señora— tiene usted que hacerle tomar su medicina antes de cada comida. Pero, sobre todo, nada de manteca. Porque no merece la pena darles medicinas si las van a devolver. Y tenga mucho cuidado de que no se caiga durante las escaladas.

—¿Las escaladas? —preguntó mi jefe—. ¿Qué escaladas?

—¡Pues las que harán ustedes en las montañas, naturalmente! —contestó la señora.

—¿En las montañas? —dijo mi jefe—. En Playa de los Hoyos, donde vamos nosotros, no hay montañas.

—¡Pero cómo! ¿Playa de los Hoyos? —gritó la señora—. A mí se me dijo que los niños iban a Pinares de la Sierra. ¡Valiente organización! ¡Estupendo! Ya decía yo que era usted demasiado joven para...

—El tren para Pinares de la Sierra está en la vía 4, señora —dijo un señor de uniforme que pasaba—. Y será mejor que se dé usted prisa. Sale dentro de tres minutos.

—¡Ay, Dios mío! —dijo la señora
—. ¡No me va a dar ni tiempo a hacerles
las recomendaciones!

Y salió corriendo con el chaval que
se parecía a Agnan.



Luego sonó un pitido muy fuerte y todo el mundo subió a los vagones gritando, y el señor de uniforme fue a ver al señor de la pancarta y le dijo que

impidiera que el mocoso imbécil que estaba jugando con un pito armara el jaleo que estaba armando. Entonces algunos bajaron de los vagones, y no era muy fácil que digamos, por culpa de los que subían. Había padres y madres que gritaban cosas y pedían que no nos olvidáramos de escribir, que nos tapáramos bien y que no hiciéramos tonterías. Había chavales que lloraban y otros que se estaban llevando una bronca por jugar al fútbol en el andén. Era genial. Ni siquiera le oímos tocar el pito al señor de uniforme. Se le ponía una cara de lo más colorada, como si acabara de volver de vacaciones. Por fin todo el mundo besó a todo el mundo

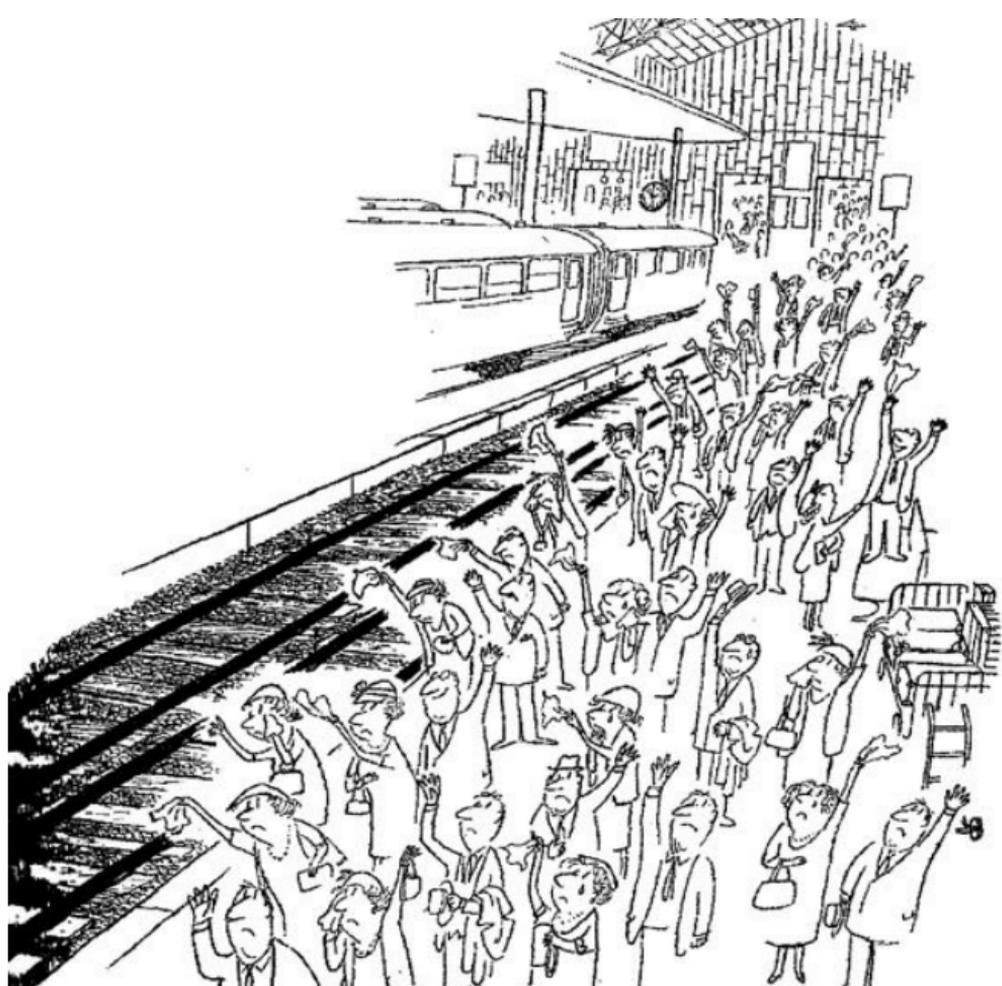
y el tren arrancó para llevarnos al mar.



Yo miraba por la ventanilla y veía a papá y a mamá y a todos los padres y las madres diciéndonos adiós con sus pañuelos. Y me dio pena, porque era injusto que nos marcháramos cuando

ellos tenían mucha más pinta de cansados que nosotros. Me entraron unas pocas ganas de llorar, pero no lo hice porque, después de todo, las vacaciones son para divertirse y todo va a salir de lo más bien.

Además, seguro que papá y mamá se las arreglan para mandarme la maleta en otro tren.





Nicolás se ha marchado a la colonia de vacaciones él solo, como una persona mayor. Y aunque pasó por un momento de debilidad cuando vio a sus padres hacerse cada vez más pequeñitos, allá al fondo del andén de la estación, Nicolás va a recuperar muy pronto la moral alta que le caracteriza gracias al grito de llamada que utiliza su equipo...

¡Valor!

El viaje en tren estuvo la mar de bien. Para llegar al sitio adonde íbamos se tardaba una noche entera. En el compartimento en que viajábamos, nuestro jefe de equipo, que se llama Gerardo Lestouffe y es de lo más genial, nos dijo que durmiéramos y nos portáramos como es debido para llegar bien descansados al campamento, a la mañana siguiente. Tenía muchísima razón. Y digo *nuestro* jefe de equipo porque nos explicaron que formaríamos equipos de doce, cada uno con un jefe. Nuestro equipo se llama el equipo «Ojo

de Lince», y el jefe nos ha dicho que nuestro grito de llamada es «¡Valor!».



La verdad es que no pudimos dormir gran cosa. Había uno que lloraba todo el

rato y que decía que quería volver a casa con su papá y su mamá. Entonces otro empezó a reírse y a decirle que era una nena. Y el que lloraba le dio un sopapo y se pusieron a llorar los dos a la vez, sobre todo cuando el jefe les dijo que, si seguían así, les iba a sacar al pasillo para el resto del viaje. Luego a uno se le ocurrió sacar sus provisiones de la maleta y a todo el mundo le entró hambre y nos pusimos todos a comer. Y lo de masticar no le deja a uno dormir, sobre todo si son tostadas, por el ruido y por las migas. Después los chavales empezaron a irse al final del vagón, y uno de ellos no volvía y el jefe fue a buscarle, y no venía porque la puerta se

había atascado y hubo que llamar al señor que revisa los billetes para que la abriese, y todo el mundo estaba nervioso porque el chaval de dentro lloraba y daba gritos diciendo que tenía miedo y que a ver qué hacía cuando entrásemos en una estación, porque allí ponía que estaba prohibido quedarse dentro cuando el tren se paraba en una estación.

Luego, cuando el chaval salió y dijo que se había reído un montón, el jefe nos dijo que volviéramos todos al compartimento y ha sido un lío terrible encontrar cuál era, porque, como todos los chavales habían salido de sus compartimentos, ya nadie sabía qué compartimento era el suyo y todo el

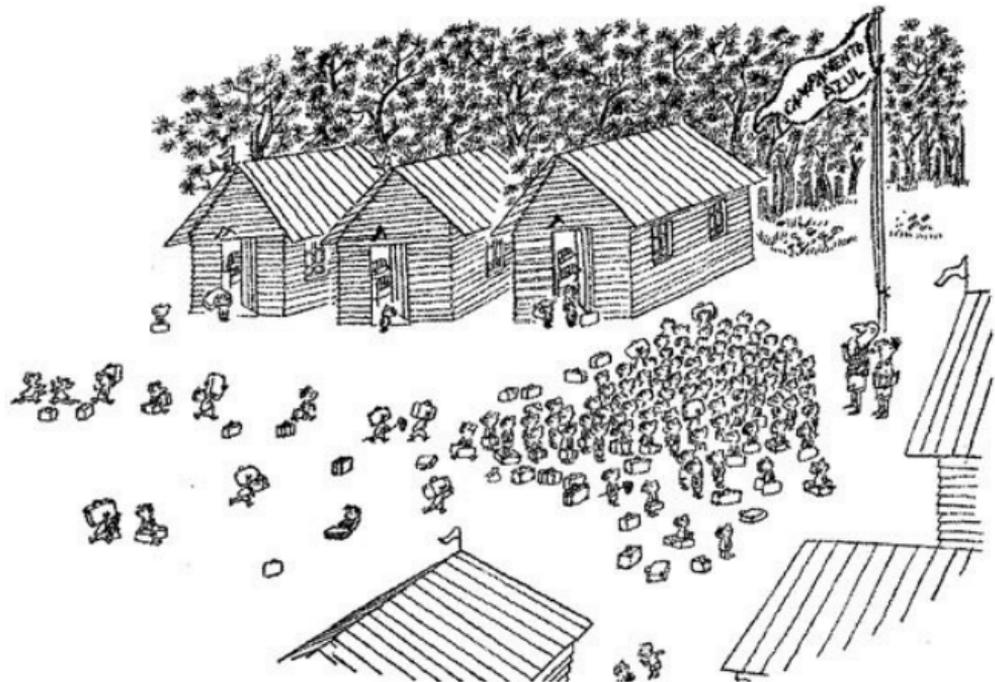
mundo corría y abría puertas. Y un señor asomó su cabeza toda roja desde un compartimento y dijo que, como no se acabara inmediatamente aquel escándalo, iba a quejarse a la SNCF^[3], y que tenía allí un amigo con un puesto la mar de importante.

Nos relevamos unos a otros para dormir hasta que por la mañana llegamos a Playa de los Hoyos, donde nos esperaban unos autobuses para llevarnos al campamento. Nuestro jefe es fantástico y no parecía que estaba muy cansado. Y eso que se había pasado la noche corriendo por el pasillo y haciendo que abrieran tres veces la puerta del final del vagón; dos veces

para que pudieran salir dos chavales que se habían quedado encerrados, y una para que pudiera salir el señor que tenía un amigo en la SNCF y que le regaló su tarjeta de visita a nuestro jefe para darle las gracias.

En el autobús, todos gritábamos y el jefe nos dijo que, en vez de chillar, sería mucho mejor que cantáramos, y nos hizo cantar unas canciones geniales, una que es para que el conductor acelere si quiere ser de primera y otra que habla de unas sardinas corriendo por el monte, y el jefe nos dijo que en el fondo él prefería que nos pusiéramos otra vez a dar gritos y por fin llegamos al campamento.

La verdad es que me quedé un poco chafado. El campamento es muy bonito, eso sí: tiene árboles, tiene flores, pero no tiene tiendas de campaña, íbamos a dormir en unas casas de madera, y es una pena porque yo creí que íbamos a vivir en tiendas, como los indios, y eso habría sido mucho más divertido. Nos llevaron al centro del campamento, donde nos esperaban dos señores. Uno con nada de pelo y otro con gafas, pero los dos con pantalón corto, y el señor con nada de pelo nos dijo:



—Hijos míos, es para mí un placer recibiros en el Campamento Azul, donde estoy seguro de que pasaréis unas excelentes vacaciones en un ambiente de sana y franca camaradería, y donde, en el marco de una disciplina libremente aceptada, vamos a prepararos para

vuestro futuro de hombres hechos y derechos. Yo soy el señor Rateau, el jefe del campamento, y aquí os presento al señor Genou, nuestro administrador, que de vez en cuando os pedirá que le ayudéis en su trabajo. Cuento con vosotros para que obedezcáis a esos hermanos mayores que son vuestros jefes de equipo y que ahora van a llevaros a vuestros respectivos barracones. Dentro de diez minutos, formación general para ir a la playa, a tomar vuestro primer baño.

Entonces alguien gritó: «¡Tres hurras por el Campamento Azul! ¡Hip, hip!», y un montón de chavales contestaron: «¡Hurra!». Y así tres veces. ¡Qué

gracioso!

Nuestro jefe nos llevó a los doce del equipo Ojo de Lince, que es el nuestro, hasta nuestro barracón. Nos dijo que escogiéramos las camas, nos instaláramos y nos pusiéramos los bañadores, que vendría a por nosotros dentro de ocho minutos.

—Vale —dijo un chaval grandote—, pues yo me pido la cama de al lado de la puerta.

—¿Y eso por qué, vamos a ver? —preguntó otro chaval.

—Pues porque yo la he visto primero y porque soy el más fuerte de todos, por eso mismo —contestó el chaval grandote.

—¡De eso nada, monada; de eso nada, monada! —canturreó otro chaval—. ¡La cama de al lado de la puerta es mía! ¡Ya estoy en ella!

—¡Yo también estoy en ella! —gritaron otros dos chavales.

—¡Salid de ahí o voy a quejarme! —gritó el chaval grandote.

Estábamos ocho encima de la cama, y ya íbamos a empezar a darnos unos cuantos sopapos cuando entró nuestro jefe en traje de baño, con montones de músculos por todas partes.

—Pero bueno —dijo—. ¿Qué significa esto? ¿Todavía no os habéis puesto los bañadores? Estáis armando más ruido vosotros que todos los demás

barracones juntos. ¡Daos prisa!

—Es por lo de mi cama... —empezó a explicar el chaval grandote.

—Ya nos ocuparemos luego de las camas —dijo el jefe—. Ahora poneos los bañadores. ¡Nos están esperando solo a nosotros en la formación!

—¡Yo no quiero desnudarme delante de todo el mundo! ¡Quiero volver con mi papá y con mi mamá! —dijo un chaval, y se echó a llorar.

—Vamos, vamos, Paulino —dijo el jefe—. Venga, acuérdate del lema de nuestro equipo: «¡Valor!». Además, tú eres ya un hombre, ya no eres ningún crío.

—¡Sí! ¡Soy un crío! ¡Soy un crío!

¡Soy un crío! —dijo Paulino, y se revolcó llorando por el suelo.

—Jefe —dije yo—, no puedo ponerme el bañador porque mi padre y mi madre se olvidaron de darme mi maleta en la estación.

El jefe se frotó las mejillas con las dos manos y luego dijo que seguramente algún compañero me prestaría un bañador.

—No, señor —dijo un chaval—. Mi madre me dijo que no debía prestar mis cosas.

—¡Tú lo que eres es un roñica y no quiero tu bañador, para que lo sepas! —dije yo.

Y, ¡*plas!*, le di un sopapo.

—¿Y a mí quién me desata los zapatos? —preguntó otro chaval.

—¡Jefe! ¡Jefe! —gritó un chaval—. Se me ha salido toda la mermelada en la maleta. ¿Qué hago?

Pero vimos que el jefe ya no estaba con nosotros en el barracón.

Cuando salimos fuera, estábamos todos en traje de baño. Un chaval de lo más majo, que se llama Bertín, me había prestado un bañador. Fuimos los últimos en llegar a la formación, pero era la mar de gracioso ver a todo el mundo en traje de baño.

El único que no estaba en traje de baño era nuestro jefe. Se había puesto un traje con chaqueta y corbata, y llevaba

una maleta. El señor Rateau estaba hablando con él y le decía:

—Reconsidere su decisión, hijo mío. Estoy seguro de que conseguirá usted hacerse con ellos. ¡Valor!

12



Se va organizando la vida de la colonia, esa vida que convertirá en hombres hechos y derechos a Nicolás y a sus amigos. Hasta su jefe de equipo, Gerardo Lestouffe, ha cambiado desde el día que llegaron y, aunque a veces su mirada despejada parece enturbiada por

un cierto cansancio, ha aprendido a reaccionar y a ponerse las pilas para no permitir que el pánico se apodere de él...

El baño

En este campamento donde estoy de vacaciones hacemos montones de cosas durante todo el día.



Por la mañana nos levantamos a las ocho. Hay que vestirse a toda mecha y enseguida vamos a la formación. Allí hacemos gimnasia, uno-dos, uno-dos, y luego vamos corriendo a lavarnos y nos lo pasamos bomba echándonos un montón de agua a la cara unos a otros.

Después, los que están de servicio van rápidamente a por el desayuno. ¡Y bien rico que está el desayuno, con cantidad de rebanadas de pan con mantequilla y mermelada! Cuando hemos terminado a toda prisa de desayunar, corremos a nuestros barracones para hacernos la cama, pero no la hacemos igual que la hace mamá en casa. Cogemos las sábanas y las mantas, las doblamos en cuatro y las colocamos encima del colchón. Luego tocan los servicios, limpiar los accesos, ir a buscar cosas para el señor Genou, el administrador, y después la formación, que hay que ir corriendo, y nos marchamos a la playa para el baño.



Después, hay otra formación y

volvemos al campamento a comer, y es genial porque siempre tenemos hambre. Después de la comida cantamos canciones: *Al pasar por la Lorena* o *Nosotros, los de la marina*^[4]. Luego tenemos que ir a dormir la siesta; no es muy divertido que digamos, pero es obligatorio, incluso aunque se nos ocurran disculpas. Durante la siesta, nuestro jefe de equipo nos vigila y nos cuenta cuentos. Y después hay otra formación y vuelta a la playa.



Nos bañamos, formación otra vez y volvemos al campamento a cenar. Después de cenar, volvemos a cantar, a veces alrededor de una hoguera grande y, si no hay ejercicios nocturnos, nos vamos a acostar y hay que apagar la luz enseguida y dormir. El resto del tiempo

podemos hacer lo que queramos.



A mí lo que más me gusta es el baño. Vamos todos, con nuestros jefes de equipo, y toda la playa es para nosotros solos. En realidad no es que no dejen venir a otra gente, pero es que, cuando vienen, se marchan. A lo mejor es

porque hacemos mucho ruido y jugamos a un montón de cosas en la arena.

Nos forman por equipos. El mío se llama Ojo de Lince, somos doce, tenemos un jefe de equipo de lo más genial y nuestro grito de llamada es «¡Valor!». El jefe de equipo nos hizo ponernos a su alrededor y nos dijo:

—Bien. No quiero imprudencias. Vais a permanecer todos agrupados y no debéis alejaros de la orilla. Cuando toque el pito, volvéis a la playa. ¡Y no quiero a nadie fuera de mi vista! ¡Terminantemente prohibido bucear! El que no obedezca se quedará sin baño. ¿Está claro? ¡Vamos, paso ligero, todos al agua!

Y nuestro jefe de equipo dio un pitido y nos metimos todos con él en el agua. Era fresquita y hacía olas. ¡Qué buenísima estaba!



Luego vimos que no todos los del equipo se habían metido en el agua. Uno se había quedado en la playa y lloraba. Era Paulino, que siempre está

lloriqueando y dice que quiere volver con su papá y con su mamá.

—¡Vamos, Paulino! ¡Ven! —gritó nuestro jefe de equipo.

—¡No! —gritó Paulino—. ¡Tengo miedo! ¡Quiero volver con mi papá y con mi mamá! —Y empezó a revolcarse por la arena y a gritar que era muy desgraciado.

—Bueno —dijo el jefe—, seguid agrupados y no os mováis. Voy a buscar a vuestro compañero.

Y el jefe salió del agua y fue a hablar con Paulino.

—Pero bueno, chavalín —le dijo el jefe—, no debes tener miedo.

—¡Sí que debo! —gritó Paulino—.

¡Sí que debo!

—No hay ningún peligro —dijo el jefe—. Ven, dame la mano, nos meteremos juntos en el agua y no te soltaré.

Paulino le dio la mano y se dejó arrastrar llorando hasta el agua. Cuando se mojó los pies se puso a hacer:

—¡Huu! ¡Huu! ¡Está fría! ¡Tengo miedo! ¡Voy a morirme! ¡Huu! ¡Huu!

—¿Pero no te estoy diciendo que no hay ningún...? —empezó a decir el jefe; luego abrió mucho los ojos y gritó—: ¿Quién es ese que nada allá lejos, hacia la boya?

—Es Crispín —dijo uno de los chavales del equipo—. Nada fenomenal.

Nos ha apostado a que llega hasta la boya.

El jefe soltó la mano de Paulino y se puso a correr dentro del agua y a nadar, gritando:

—¡Crispín! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Y empezó a pitar y, con el agua, el pito hacía un ruido de burbujas. Entonces Paulino se puso a gritar:

—¡No me dejéis solo! ¡Me ahogaré! ¡Huu! ¡Huu! ¡Papá! ¡Mamá! ¡Huu!

Y era muy gracioso verle, porque solo tenía los pies dentro del agua.

El jefe volvió con Crispín, que estaba muy enfadado porque el jefe le había dicho que saliera del agua y se

quedara en la playa. Y luego el jefe nos empezó a contar uno por uno, y la cosa no resultó fácil porque, mientras él no estaba, nos habíamos ido un poco cada uno por nuestro lado, así que, como el jefe había perdido el pito al ir a por Crispín, se puso a gritar:

—¡Equipo Ojo de Lince!
¡Formación! ¡Equipo Ojo de Lince!
¡Valor! ¡Valor!

Y entonces vino otro jefe de equipo y le dijo:

—Oye, Gerardo, no chilles tanto que mis chicos no pueden oír mis pitidos.

Y la verdad es que los jefes de equipo estaban armando la mar de ruido, pitando, gritando y llamando. Luego el

jefe nos contó, vio que estábamos todos y mandó a Gualberto de vuelta a la playa, con Crispín, porque estaba con el agua hasta la barbilla y gritaba: «¡Me he caído en un hoyo! ¡Socorro! ¡Me he caído en un hoyo!», pero en realidad estaba agachado. ¡Qué gracioso es Gualberto!

Luego los jefes de equipo decidieron que ya estaba bien de baño por esa mañana y se pusieron a gritar y a pitar:

—¡Formación por equipos en la playa!

Conque nos pusimos en fila y nuestro jefe nos volvió a contar.

—¡Once! —dijo—. ¡Falta uno!

Era Paulino, que estaba sentado en

el agua y no quería salir.

—¡Quiero quedarme en el agua! — gritaba—. ¡Voy a tener frío si salgo fuera! ¡Quiero quedarme!

El jefe, que parecía que se estaba poniendo nervioso, lo trajo a rastras, tirándole del brazo, mientras Paulino gritaba que quería volver con su papá y con su mamá y también al agua. Pero, cuando el jefe volvió a contarnos, vio que volvía a faltar uno.

—Es Crispín... —Le dijimos.

—¿No habrá vuelto al agua? —quiso saber nuestro jefe, que se puso de lo más pálido.

Pero el jefe del equipo de al lado le dijo:

—Yo tengo uno de más. ¿No será tuyo, por casualidad? —Y era Crispín, que se había ido a hablar con un chaval que tenía una tableta de chocolate.

Cuando el jefe volvió con Crispín, nos contó otra vez y vio que éramos trece.

—¿Quién de vosotros no es del equipo Ojo de Lince? —preguntó el jefe.

—Yo, señor —dijo un chavalín al que nadie conocía.

—¿De qué equipo eres, entonces? —dijo el jefe—. ¿De los Aguiluchos? ¿De los Jaguares?

—No —dijo el chavalín—. Yo soy del hotel Bellavista de la Playa. Mi

padre es ese que duerme allí, en el espigón.

Y el chavalín llamó: «¡Papá! ¡Papá!», y el señor que dormía levantó la cabeza y luego se acercó muy despacio hacia nosotros.

—¿Y ahora qué pasa, Fofó? — preguntó el señor.

Entonces nuestro jefe de equipo dijo:

—Su crío ha venido a jugar con nuestros chicos. Parece que las colonias de vacaciones le atraen.

Y entonces el señor dijo:

—Sí, pero jamás le mandaré a una de ellas. No se lo tome usted a mal, pero me da la impresión de que los niños, sin

sus padres, no están vigilados como es debido.



Si hay algo, además de los niños, que le encanta al señor Rateau, el jefe de la colonia, son los paseos por el bosque. Por eso el señor Rateau esperó con impaciencia hasta el final de la cena

para exponer su bonita idea...

La Punta de las Borrascas

Ayer, después de cenar, el señor Rateau, que es el jefe de la colonia de vacaciones donde me han mandado mi padre y mi madre (¡qué idea tan genial!), nos reunió a todos y nos dijo:

—Mañana iremos todos de excursión a la Punta de las Borrascas. A pie, atravesando el bosque y con la mochila a la espalda, como los hombres. Será para vosotros un espléndido paseo y una experiencia emocionante.

Y el señor Rateau nos dijo que

saldríamos por la mañana muy temprano y que el señor Genou, el administrador, nos daría un *picnic* a cada uno antes de salir. Así que todos gritamos «¡Hip, hip, hurra!» tres veces y fuimos a acostarnos de lo más excitados.

Nuestro jefe de equipo vino a las seis de la mañana a nuestro barracón para despertarnos, y la verdad es que le costó bastante.

—Poneos los zapatos gruesos y coged un jersey —nos dijo nuestro jefe—. Y no os olvidéis de la bolsa para guardar el *picnic*. Llevad también el balón de balonvolea.

—Jefe, jefe —dijo Bertín—, ¿puedo llevar mi cámara fotográfica?

—Pues claro que sí, Bertín —dijo el jefe—. Así nos sacarás fotos a todos en la Punta de las Borrascas. ¡Será un recuerdo estupendo!

—¡Eh, chicos! ¡Eh, chicos! —gritó Bertín, orgullosísimo—. ¿Habéis oído? ¡Voy a sacar fotos!

—Tú lo que eres es un fantasmón, con tanto rollo de cámara fotográfica —contestó Crispín—. Tu cámara nos importa un rábano, y además no pienso dejarme sacar una foto por ti. Pienso moverme.

—Hablas así de mi cámara fotográfica de la envidia porque tú no tienes cámara —dijo Bertín.

—¿Que yo no tengo cámara

fotográfica? —dijo Crispín—. ¡No me hagas reír! ¡En mi casa tengo una cámara muchísimo más estupenda que la tuya, para que te enteres!

—Eres un embustero y un imbécil —dijo Bertín, y empezaron a pegarse, pero pararon porque el jefe dijo que como siguiesen haciendo el idiota no irían a la Punta de las Borrascas.

Y luego el jefe nos dijo que nos diéramos prisa porque íbamos a llegar tarde a la formación.

Desayunamos bien fuerte y después pasamos en fila por delante de la cocina, donde el señor Genou nos fue dando a cada uno un bocadillo y una naranja. La cosa llevó bastante tiempo y al señor

Genou se le puso pinta de empezar a ponerse nervioso. Sobre todo cuando Paulino levantó uno de los trozos de pan y dijo:

—Señor, el jamón tiene grasa.

—Muy bien, pues te la comes y se acabó —dijo el señor Genou.

—En casa —dijo Paulino— mi madre nunca quiere que me coma la grasa. Y además no me gusta.

—Pues la dejas y en paz —dijo el señor Genou.

—¡Pero si acaba de decirme usted que me la coma! —dijo Paulino—. ¡No hay derecho! ¡Yo quiero volver con mi papá y con mi mamá! —Y se echó a llorar.

Pero la cosa se arregló porque Gualberto, que ya se había comido su grasa, cambió su bocadillo por el de Paulino.

Salimos del campamento con el señor Rateau delante y todos los demás detrás de él, siguiendo a nuestros jefes y formados por equipos. Era como un desfile de verdad; nos hicieron cantar montones de cosas y cantábamos muy fuerte, porque nos sentíamos muy orgullosos. Lástima que, como era por la mañana muy temprano, no hubiera nadie viéndonos, sobre todo cuando desfilamos delante de los hoteles donde está pasando las vacaciones el resto de la gente. Sin embargo, una ventana se

abrió y un señor chilló:

—¿Pero es que estáis locos, chillando así a estas horas?

Y luego se abrió otra ventana y otro señor gritó:

—¿Es usted quién chilla de esa forma, señor Patin? ¿Es que no le basta que aguantemos a sus retoños durante todo el día?

—¡Pedir suplementos en la mesa no le autoriza a darse tanta importancia, Lanchois! —gritó el primer señor.

Y entonces se abrió una ventana más y otro señor se puso a gritar cosas, pero no sabemos qué eran porque ya estábamos lejos y, como cantábamos fuerte, no se oía muy bien.

Luego nos salimos de la carretera y atravesamos un campo, y muchos no querían meterse en él porque tenía tres vacas, pero nos dijeron que éramos ya unos hombres hechos y derechos y que no había que tener miedo, y nos obligaron a entrar. En ese momento los únicos que cantaban eran el señor Rateau y los jefes de equipo. Los demás volvimos a cantar a coro cuando salimos del campo y entramos en el bosque.

Los bosques son geniales, con montones y montones de árboles; tantos que en vuestra vida podríais ver más. Hay tal cantidad de hojas que no se ve el cielo y casi no hay luz, ni siquiera hay camino. Tuvimos que pararnos, porque

Paulino se puso a revolcarse por el suelo, gritando que tenía miedo a perderse y a que le devoraran las fieras del bosque.

—¡Oye, muchachito! —dijo nuestro jefe de equipo—. ¡Eres insoportable! Mira a tus compañeros. ¿Es que no ves que no tienen miedo?

Y enseguida otro chaval se echó a llorar diciendo que sí, que él también tenía miedo, y otros tres o cuatro más empezaron a llorar también, pero yo creo que algunos lo hacían en broma.

Entonces vino corriendo el señor Rateau y nos reunió a su alrededor, lo que no era cosa fácil por culpa de los árboles, y nos explicó que debíamos

portarnos como hombres hechos y derechos, y nos dijo que había montones de formas de encontrar el camino. Para empezar estaba la brújula, y luego el sol, y las estrellas, y el musgo de los árboles, y además él ya había ido allí el año anterior y conocía el camino, y ya estaba bien de bobadas: ¡adelante, en marcha!

No pudimos echar a andar inmediatamente, porque antes hubo que reunir a los compañeros que se habían alejado un poco por el bosque. Había dos que estaban jugando al escondite; a uno de ellos lo encontramos enseguida. Pero al otro hubo que gritarle «¡Visto!» para que saliera de detrás de su árbol.

Otro más andaba buscando setas, tres estaban jugando al balonvolea y a Gualberto le costó mucho bajar del árbol al que se había subido para ver si tenía cerezas. Y, justo cuando todo el mundo estaba listo y ya íbamos a ponernos otra vez en marcha, Bertín gritó:

—¡Jefe! ¡Tenemos que volver al campamento! ¡Me he olvidado la cámara fotográfica!

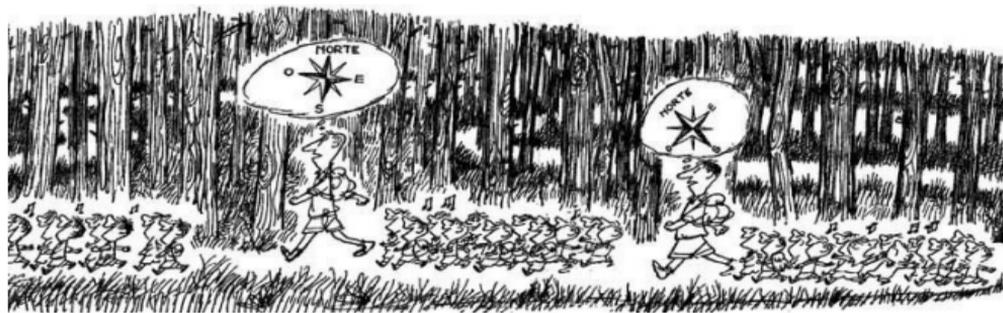
Y, como Crispín se echó a reír, empezaron a pegarse, pero pararon cuando nuestro jefe de equipo gritó:

—¡Basta! ¡O vais a llevaros una azotaina!

Nos quedamos todos muy

sorprendidos. ¡Era la primera vez que oíamos a nuestro jefe de equipo gritar de ese modo!

Caminamos por el bosque durante mucho, mucho tiempo, hasta que empezamos a estar cansados y por fin nos paramos. El señor Rateau se rascó la cabeza y luego reunió a los jefes de equipo a su alrededor.



Todos hacían gestos señalando en direcciones distintas, y oí decir al señor

Rateau:

—Qué raro; han debido de hacer talas desde el año pasado porque no encuentro ya mis señales.

Hasta que, por fin, se metió un dedo en la boca, lo levantó en el aire y echó otra vez a andar, y nosotros le seguimos. Es curioso; no nos había hablado de semejante sistema para encontrar el camino.

Más tarde, después de haber caminado mucho, salimos por fin del bosque y volvimos a atravesar el campo. Pero las vacas ya no estaban, seguramente por la lluvia que había empezado a caer. Así que corrimos hasta la carretera y nos metimos todos en un

garaje, donde comimos nuestros *picnics*, cantamos y lo pasamos estupendamente. Y luego, cuando dejó de llover, como era muy tarde, volvimos al campamento. Pero el señor Rateau nos dijo que no se daba por vencido, que mañana o pasado iremos a la Punta de las Borrascas.

En autobús...



Me porto muy bien, estoy comiendo de todo, lo paso estupendamente y quisiera que le escribierais un justificante al señor Rateau diciéndole que no debo dormir la siesta, igual que

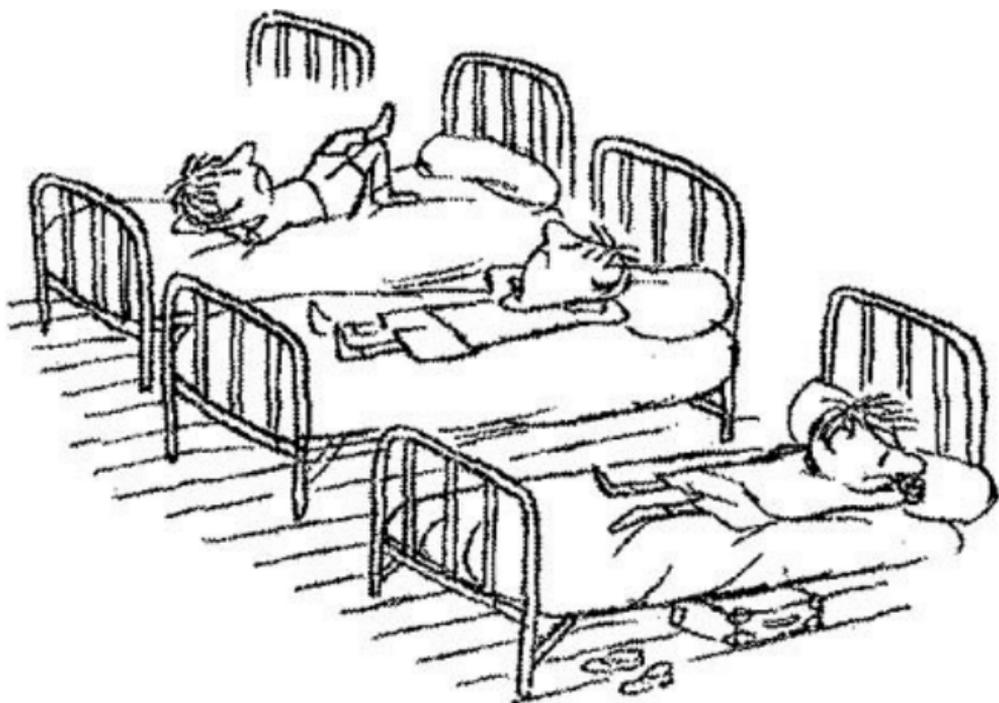
la carta que le llevé a la profesora
aquella vez que papá y yo no
conseguimos hacer el problema de
matemáticas...

(Fragmento de una carta de Nicolás
a sus padres).

La siesta

Lo que no me gusta de la colonia de vacaciones es que todos los días, después de la comida, toca siesta. La siesta es obligatoria, por muchas excusas que nos inventemos para librarnos de ella. Y es que no hay derecho, de verdad, porque después de la mañana, de habernos levantado, de haber hecho gimnasia, de habernos lavado, de haber hecho nuestras camas, de haber desayunado, de haber ido a la playa, de habernos bañado y de haber jugado en la arena, no hay absolutamente ningún motivo para que estemos

cansados y tengamos que acostarnos.



Lo único bueno de la siesta es que nuestro jefe viene a vigilarnos al barracón y nos cuenta cuentos para que estemos tranquilos, y eso es genial.

—¡Vamos! —dijo ayer nuestro jefe

de equipo—. ¡A la cama todo el mundo!
¡No quiero oídos ni rechistar!

Todos obedecemos, menos Bertín,
que se metió debajo de su cama.

—¡Bertín! —gritó nuestro jefe de
equipo—. ¡Siempre tienes que ser tú el
que haga el payaso! La verdad es que no
me extraña. ¡Eres el más insoportable de
toda la panda!

—Vale, jefe —dijo Bertín—, solo
estoy buscando mis alpargatas.

Bertín es amigo mío y es cierto que
es insoportable. Se lo pasa uno bomba
con él.

Cuando Bertín se acostó como los
demás, el jefe nos dijo que nos
durmiéramos y no hiciéramos ruido para

no molestar a los de los otros barracones.

—¡Un cuento, jefe! ¡Un cuento! — gritamos todos.

El jefe dio un profundo suspiro y dijo que vale, que de acuerdo, pero en silencio.

—Erase una vez —dijo el jefe—, en un país muy lejano, un califa que era muy bueno, pero que tenía un visir muy malvado...

El jefe hizo una pausa y preguntó:

—¿Quién sabría decirnos lo que es un visir?

Y Bertín levantó el dedo:

—A ver, Bertín —dijo el jefe.

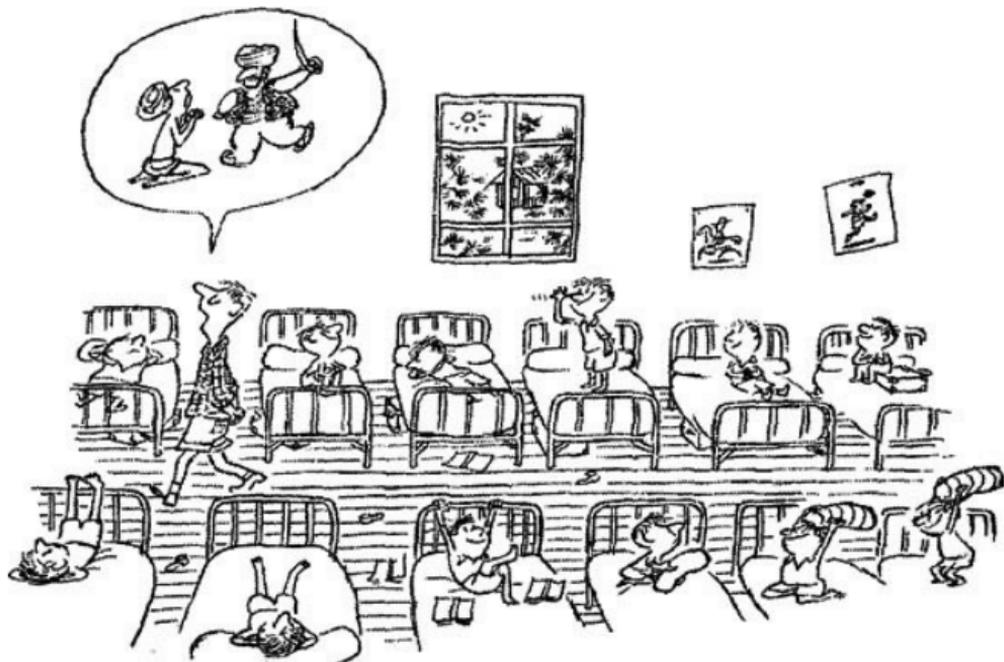
—¿Puedo salir? —preguntó Bertín.

El jefe le miró achicando muchísimo los ojos, cogió un montón de aire con la boca y dijo:

—Vale, sal. Pero vuelve inmediatamente.

Y Bertín salió.

Después, el jefe siguió paseándose por el pasillo que hay entre las camas y contándonos su cuento.



Lo cierto es que a mí me gustan más las historias de vaqueros, indios o aviadores. El jefe hablaba, nadie hacía ruido y a mí se me cerraban los ojos. Y enseguida me encontré a caballo, vestido de vaquero del Oeste, con unos revólveres de plata estupendos a la

cintura y mandando en un montón de vaqueros, porque yo era el *sheriff* y los indios iban a atacarnos, y alguien gritó:

—¡Eh, chicos, mirad! ¡He encontrado un huevo!

Yo me senté de golpe en mi cama y vi que era Bertín, que había entrado en el barracón con un huevo en la mano.

Todos nos levantamos para ir a verlo.

—¡Acostaos! ¡Acostaos todos! —gritó el jefe con cara de muy pocos amigos.

—¿Qué opina usted, jefe? —preguntó Bertín—. ¿Es un huevo de qué?

Pero el jefe le dijo que ese no era asunto suyo, que fuera a dejar el huevo

donde lo había encontrado y volviera a acostarse. Así que Bertín volvió a salir con su huevo.

Como ya nadie dormía, el jefe siguió contándonos su cuento. No estaba mal, sobre todo la parte en que el califa, que es buenísimo, se disfraza para enterarse de qué piensa la gente de él, y el gran visir, que es de lo más malo, aprovecha para quitarle el sitio. Y entonces el jefe se paró y dijo:

—¿Pero qué estará haciendo ese granuja de Bertín?

—Si usted quiere, jefe, puedo ir yo a buscarlo —dijo Crispín.

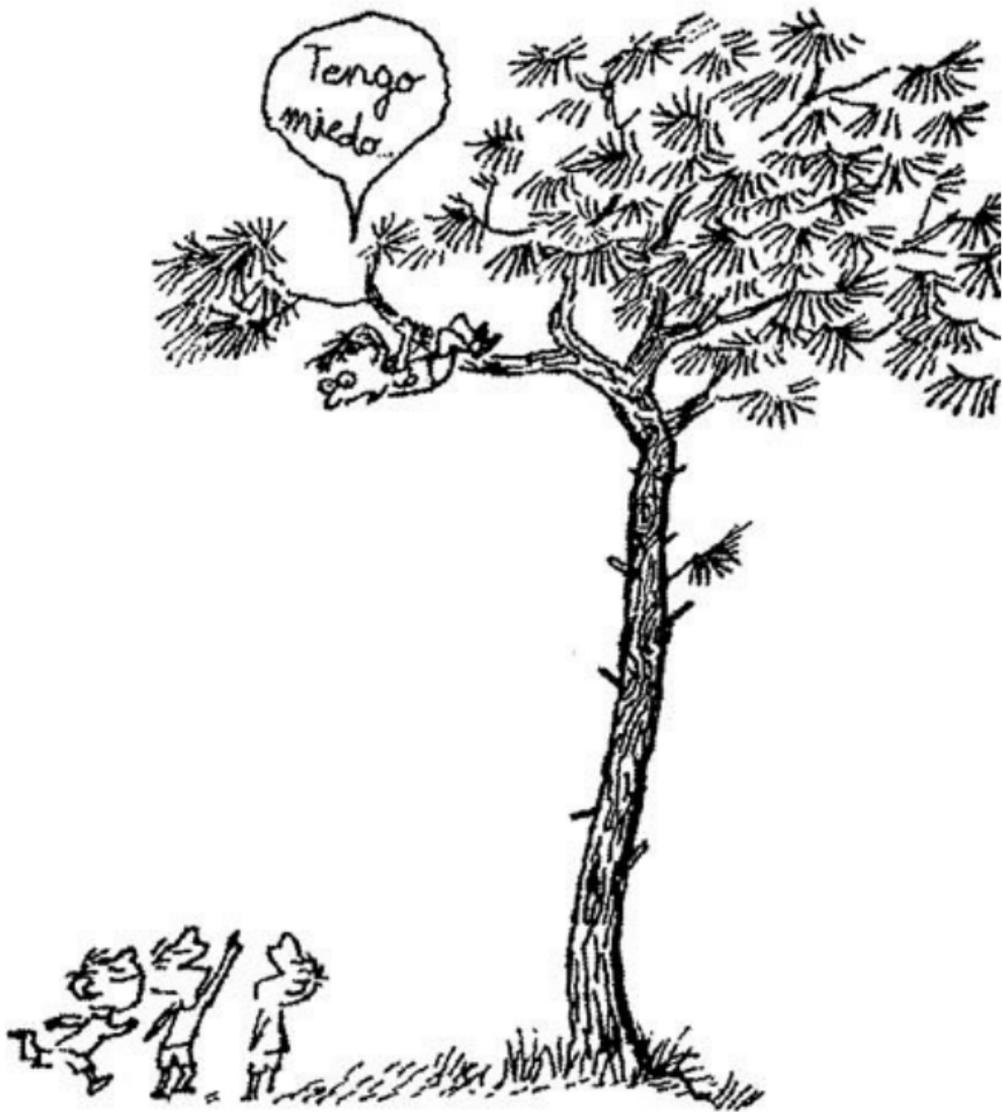
—Vale —dijo el jefe—, pero no tardes.

Crispín salió y volvió enseguida a todo correr.

—¡Jefe! ¡Jefe! —gritó Bertín—. ¡Bertín se ha subido a un árbol y no puede bajar!

El jefe salió corriendo y todos le seguimos, aunque tuvimos que despertar a Gualberto, que estaba durmiendo y no se había enterado de nada.

Bertín estaba sentado en una rama, en lo alto de un árbol, y no tenía pinta de estar pasándolo muy bien.



—¡Ahí está! ¡Ahí está! —gritamos

todos, señalándole con el dedo.

—¡Silencio! —gritó nuestro jefe de equipo—. Bertín, ¿qué estás haciendo ahí arriba?

—Pues nada —dijo Bertín—, que he ido a dejar el huevo donde lo había encontrado, como usted me dijo. Y lo había encontrado aquí, en un nido, pero al subir se ha roto una rama y ahora no puedo bajar.

Y Bertín se echó a llorar. Tiene una voz tremenda, el bueno de Bertín, y se le oye desde muy lejos cuando llora. Por eso, del barracón que hay al lado del árbol, salió el jefe de otro equipo con cara de estar enfadadísimo.

—¿Sois tú y tu equipo quienes estáis

armando semejante follón? —le preguntó a nuestro jefe de equipo—. ¡Has despertado a todos mis mocosos, justo cuando acabada de conseguir que se durmieran!

—¡Eso, tú quéjate! —gritó nuestro jefe— ¡Pues yo tengo a uno de los míos ahí, en lo alto de un árbol!

El otro jefe de equipo miró y se echó a reír, pero no por mucho tiempo, porque los chavales de su equipo salieron del barracón a ver qué estaba pasando. Éramos ya un gentío alrededor del árbol.

—¡Volved a acostaros! —gritó el jefe del otro equipo—. ¿Ves lo que has conseguido? Ya podías controlar mejor

a tus mocosos. ¡Si no sabe uno hacerse obedecer, no se mete uno a jefe de equipo de una colonia de vacaciones!

—¡En mi lugar quisiera yo verte! —dijo nuestro jefe—. ¡Y además, tus mocosos hacen por lo menos tanto ruido como los míos!

—Ya —dijo el otro jefe de equipo—. ¡Pero resulta que han sido los tuyos quienes han despertado a mis mocosos!

—¡Jefe, quiero bajar! —gritó Bertín. Entonces los jefes dejaron de discutir y fueron a buscar una escalera.

—Hace falta ser mostrenco para quedarse atrapado así en un árbol —dijo un chaval del otro equipo.

—¿Y eso a ti qué te importa? —

pregunté yo.

—¡Mucho! —contestó otro chaval del otro equipo—. En vuestro equipo sois todos unos mostrencos. Todo el mundo lo sabe...

—¡Repite eso...! —dijo Gualberto.

Y como el otro lo repitió, empezamos a pegarnos.

—¡Eh, eh, chicos, esperad! ¡No empecéis antes de que me bajen! —gritó Bertín—. ¡Eh, chicos!

Luego los jefes llegaron corriendo con una escalera y con el señor Rateau, el jefe del campamento, que quería saber lo que pasaba. Todo el mundo daba gritos y era de lo más genial y los jefes tenían pinta de estar la mar de

enfadados, quizá porque Bertín, de tanta prisa como tenía por venir a divertirse con nosotros, no los había esperado para bajar del árbol.

—¡Volved todos a vuestros barracones! —gritó el señor Rateau, y ponía una voz como la del Caldo, que es mi vigilante del cole.

Así que volvimos todos a dormir la siesta.

La cosa no duró demasiado, porque era la hora de la formación y nuestro jefe de equipo nos hizo salir a todos. Parecía contento. Creo que a él tampoco le gusta la siesta.

Por cierto, que todavía se armó otro lío porque Bertín se había dormido

encima de su cama y no quería levantarse.





Esperamos que te estés portando muy bien, que comas todo lo que te dan y que lo estés pasando estupendamente. El señor Rateau tiene razón en lo de la siesta; debes descansar y dormir, tanto después de comer como después de cenar. Si te dejaran hacer todo lo que te apetece, querrías jugar hasta de noche,

que te conocemos, cariño. Menos mal que tus superiores están ahí para vigilarte. Debes obedecerles siempre. En cuanto al problema de matemáticas, tu padre dice que encontró la solución, pero que prefería que llegaras tú a ella por ti mismo...

(Fragmento de una carta de los padres de Nicolás a Nicolás).

Ejercicio nocturno

Ayer por la noche, durante la cena, el señor Rateau, que es el jefe del campamento, estuvo hablando con nuestros jefes de equipo y se dijeron un montón de cosas en voz baja y mirándonos de vez en cuando. Luego, después del postre —mermelada de grosellas, estuvo bien—, nos dijeron que fuéramos corriendo a acostarnos.

Nuestro jefe de equipo vino a vernos al barracón, nos preguntó si estábamos en forma, y luego nos dijo que nos durmiéramos rápido porque íbamos a necesitar todas nuestras fuerzas.

—¿Para qué, jefe? —preguntó Calixto.

—Ya lo veréis —dijo el jefe, y nos dio las buenas noches y apagó la luz.

Yo me estaba dando cuenta de que esa noche no era como las demás noches, y vi que no iba a poder dormir. Siempre me pasa eso cuando me pongo nervioso antes de acostarme.

Me desperté de golpe al oír gritos y pitidos.

—¡Ejercicio nocturno! ¡Ejercicio nocturno! ¡Formación para un ejercicio nocturno!

Nos sentamos todos en nuestras camas, menos Gualberto, que no había oído nada y dormía, y Paulino, que se

había asustado y lloraba debajo de su manta, y no se le veía, pero se le oía y hacía *hmm, hmm, hmm*. Nosotros, como ya le conocemos, sabíamos que estaba gritando que quería volver con su papá y con su mamá, como hace siempre.

Enseguida se abrió la puerta de nuestro barracón y entró nuestro jefe de equipo y encendió la luz y nos dijo que nos vistiéramos a toda prisa para ir a la formación para el ejercicio nocturno y que nos abrigáramos bien con nuestros jerséis. Entonces Paulino sacó la cabeza de debajo de la manta y se puso a gritar que le daba miedo salir de noche, que su papá y su mamá jamás le dejaban salir de noche, y que de todas formas no

pensaba salir de noche.

—Bueno —dijo nuestro jefe de equipo—, pues te quedas aquí y en paz.

Entonces Paulino se levantó y fue el primero en estar listo para salir, porque dijo que le daba miedo quedarse él solo en el barracón y que se quejaría a su papá y a su mamá.

La formación la hicimos en medio del campamento y, como era muy tarde y estaba oscuro, habían encendido las luces, aunque no se veía demasiado a pesar de todo.

El señor Rateau nos estaba esperando.

—Hijos míos —nos dijo el señor Rateau—, vamos a practicar un

ejercicio nocturno. El señor Genou, nuestro administrador, al que tanto queremos todos, se ha ido con un banderín. Pues bien: se trata de encontrar al señor Genou y de traer su banderín al campamento. Actuaréis por equipos, y el equipo que recupere el banderín tendrá ración doble de chocolate. El señor Genou nos ha dejado escritas algunas indicaciones que os permitirán dar con él más fácilmente. Escuchad con atención: «He salido rumbo a China y, ante una pila de tres grandes piedras blancas...». ¿Os importaría no hacer ruido cuando estoy hablando?

Bertín se guardó su pito en el

bolsillo y el señor Rateau continuó:

—«Y, ante una pila de tres piedras blancas, he cambiado de opinión y me he internado en el bosque. Pero, para no perderme, he hecho igual que Pulgarcito y...». Por última vez, ¿queréis dejar de jugar con ese pito?

—¡Ay, perdón, señor Rateau! —dijo un jefe de equipo—. Creí que había usted terminado.

El señor Rateau dio un profundo suspiro y dijo:

—Bien. Estas son las indicaciones que os permitirán encontrar al señor Genou y su banderín si actuáis con ingenio, perspicacia e iniciativa. Permaneced bien agrupados por equipos

y que gane el mejor. ¡Adelante!

Y los jefes de equipo dieron un montón de pitidos y todo el mundo echó a correr por todas partes, pero sin salir del campamento porque nadie sabía adonde ir.



Estábamos de lo más contentos. Jugar por la noche de esa forma era una aventura fantástica.

—Voy por mi linterna —gritó Calixto.

Pero nuestro jefe de equipo le llamó.

—No os desperdiguéis —nos dijo—. Discutid entre vosotros para decidir cómo empezar vuestras pesquisas. Y daos prisa si no queréis que otro equipo encuentre al señor Genou antes que el nuestro.

A mí me pareció que por eso no debía preocuparse, la verdad, porque todo el mundo corría y gritaba, pero nadie había salido del campamento todavía.

—Vamos a ver —dijo nuestro jefe de equipo—. Reflexionad. El señor Genou ha dicho que había salido rumbo

a China. ¿En qué dirección se encuentra ese país oriental?

—Yo tengo un atlas en que sale China —nos dijo Crispín—. Me lo regaló mi tía Rosalía por mi cumple, pero yo hubiera preferido una bici.

—Yo tengo una bici genial en mi casa —dijo Bertín.

—¿De carreras? —pregunté yo.

—No le hagas caso —dijo Crispín—. ¡No cuenta más que trolas!

—¿Y el tortazo que te van a dar, también es una trola? —preguntó Bertín.

—¡La China está al este! —gritó nuestro jefe de equipo.

—¿Y el este dónde está? —preguntó un chaval.

—¡Eh, jefe! —gritó Calixto—. ¡Este chaval no es de los nuestros! ¡Es un espía!

—¡No soy un espía! —gritó el chaval—. ¡Soy del equipo de los Aguiluchos, que es el mejor equipo de la colonia!

—Vale, pues ve a reunirte con tu equipo —dijo nuestro jefe.



—Es que no sé dónde está —dijo el chaval, y se echó a llorar.

El chaval era bobo porque, como nadie había salido todavía del campamento, su equipo no podía andar muy lejos.

—¿Por qué parte sale el sol? —dijo nuestro jefe de equipo.

—¡Sale por donde está Gualberto, que tiene la cama al lado de la ventana! Incluso se queja porque le despierta —dijo Jonás.

—¡Eh, jefe! —gritó Crispín—. ¡Gualberto no está aquí!

—Es cierto —dijo Bertín—. No se ha despertado. Duerme una burrada, este Gualberto. Voy a buscarlo.

—¡Date prisa! —gritó el jefe.

Y Bertín salió corriendo y volvió diciendo que Gualberto tenía sueño y no quería venir.

—¡Allá él! —dijo el jefe—. ¡Hemos perdido ya demasiado tiempo!

Pero, como nadie había salido todavía del campamento, no importaba mucho.

Entonces, el señor Rateau, que se había quedado de pie en medio del campamento, se puso a gritar:

—¡Un poco de silencio! ¡Jefes de equipo, pongan orden! ¡Reúnan a sus equipos para empezar el ejercicio!

Ese sí que fue un trabajo tremendo porque, con la oscuridad, nos habíamos

mezclado todos un poco. Entre los nuestros estaban uno de los Aguiluchos y dos de los Bravos. A Paulino lo encontramos muy pronto entre los Sioux porque reconocimos su forma de llorar, y Calixto había ido a espiar a los Tramperos, que estaban buscando a su jefe de equipo. Estábamos todos pasándolo en grande y de repente se puso a llover a mares.

—¡Se suspende el ejercicio! —gritó el señor Rateau—. ¡Que los equipos vuelvan a sus barracones!

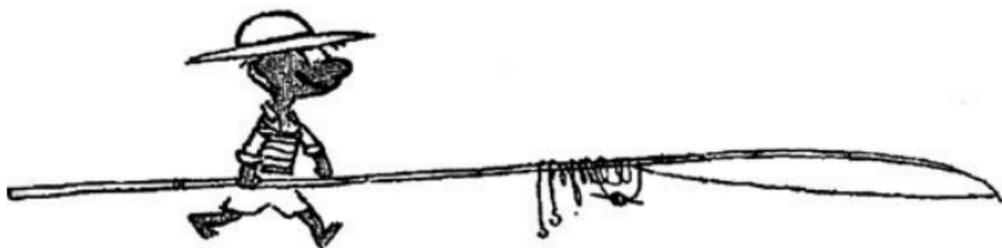
Y eso sí que se hizo a toda mecha porque, por suerte, todavía no había salido nadie del campamento.

A la mañana siguiente, vimos volver

al señor Genou, con su banderín, en el coche del granjero que es el dueño del naranjal. Después nos dijeron que el señor Genou se había escondido en el pinar y que, cuando se puso a llover, se hartó de esperarnos y quiso volver al campamento. Pero se perdió en el bosque y cayó en una zanja llena de agua. Allí se puso a gritar y eso hizo ladrar al perro del granjero. Y así es como el granjero pudo encontrar al señor Genou y llevarlo a su granja para que se secara y pasara la noche.

¡Lo que no nos han dicho es si le dieron al granjero la ración doble de chocolate que se había ganado!

16



«La pesca de anzuelo tiene un indiscutible efecto relajante...». Estas palabras, leídas en una revista, impresionaron profundamente a Gerardo Lestouffe, el joven jefe del equipo Ojo de Lince, que pasó una noche deliciosa soñando con doce niños inmóviles y silenciosos, vigilando atentamente doce corchos que se mecían sobre las apacibles aguas...

Sopa de pescado

Esta mañana, nuestro jefe de equipo ha entrado en el barracón y nos ha dicho:

—¡Eh, chicos! ¿Os apetece ir de pesca, para variar, en lugar de ir a bañaros con los demás?

—¡Sí! —Hemos contestado todos.

Bueno, casi todos, porque Paulino no ha dicho una palabra. Nunca se fía un pelo y siempre quiere volver con su papá y con su mamá. Tampoco Gualberto ha dicho ni pío. Aún estaba dormido.

—Bueno —ha dicho nuestro jefe—.

Ya he avisado al cocinero y le he dicho que le traeremos pescado para la comida. Nuestro equipo invitará a sopa de pescado a todo el campamento. Así se enterarán los demás equipos de que el Ojo de Lince es el mejor de todos. ¡Por el equipo Ojo de Lince! ¡Hip, hip!

—¡Hurra! —Hemos gritado todos, menos Gualberto.

—Y nuestro grito de llamada es... —nos ha preguntado el jefe.

—¡Valor! —Hemos contestado todos, incluso Gualberto, que se acababa de despertar.

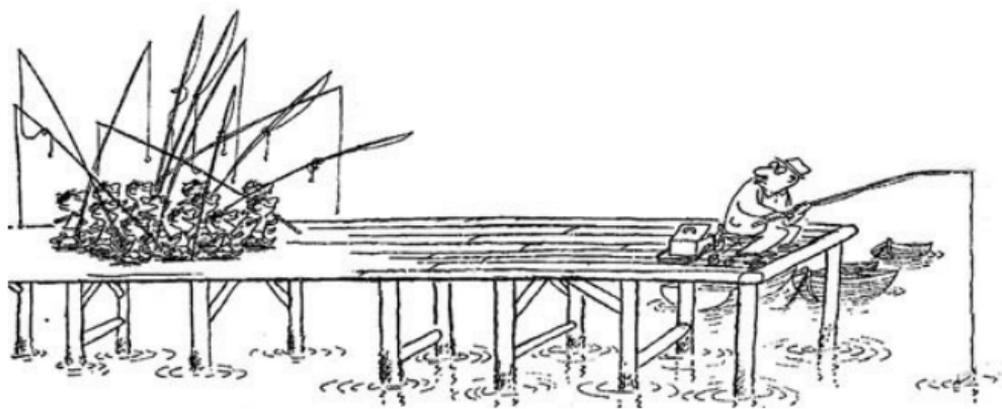
Después de la formación, mientras los demás se marchaban a la playa, el señor Rateau, que es el jefe del

campamento, ha hecho que nos dieran a todos cañas de pescar y una lata vieja llena de gusanos.

—¡No volváis tarde, para que me dé tiempo a preparar la sopa! —ha dicho el cocinero riéndose. El cocinero siempre está de broma y nos cae a todos de lo más bien. Cada vez que vamos a verle a su cocina, se pone a gritar: «¡Fuera, pandilla de mocosos pedigüeños! ¡Os voy a hacer correr con mi cucharón! ¡Ahora veréis!», y nos da unas galletas.

Hemos salido con nuestras cañas de pescar y nuestros gusanos y hemos llegado hasta el final del espigón. No había nadie, solo un señor gordo con un sombrerito blanco que estaba pescando

y que no se ha puesto demasiado
contenido de vernos.



—Ante todo —ha dicho nuestro jefe
—, para pescar hace falta silencio. ¡De
lo contrario los peces se asustan y se
dispersan! ¡Y nada de imprudencias!
¡No quiero ver caerse al agua a nadie!
¡Permaneced agrupados! ¡Prohibido
bajar a las rocas, y mucho cuidado, no
os vayáis a hacer daño con los anzuelos!

—¿Ha terminado usted ya? —ha preguntado el señor gordo.

—¿Cómo? —ha dicho nuestro jefe, sorprendido.

—Le preguntaba que si ha terminado ya de aullar como un energúmeno —ha dicho el señor gordo—. ¡Con esos gritos asustaría usted a una ballena!

—¿Hay ballenas por aquí? —ha preguntado Bertín.

—¡Si hay ballenas, yo me voy! —ha gritado Paulino, y se ha echado a llorar y a decir que tenía miedo y que quería volver con su papá y con su mamá.

Pero no se ha ido. Quien se ha ido ha sido el señor gordo, y menos mal, la verdad, porque así nos hemos quedado

nosotros solos, sin que nos molestara nadie.

—¿Quiénes de vosotros habéis ido de pesca antes de ahora? —ha preguntado nuestro jefe.

—Yo —ha dicho Atanasio—. ¡El verano pasado pesqué un pez así de grande!

Y ha abierto los brazos todo lo que ha podido. Nosotros nos hemos reído, porque Atanasio es muy mentiroso; es incluso el más mentiroso de todos nosotros.

—Eres un embustero —le ha dicho Bertín.

—Y tú, un envidioso y un estúpido —ha dicho Atanasio—. ¡Mi pez era así

de grande, para que lo sepas!

Y Bertín ha aprovechado que Atanasio tenía los brazos abiertos para sacudirle un buen sopapo.

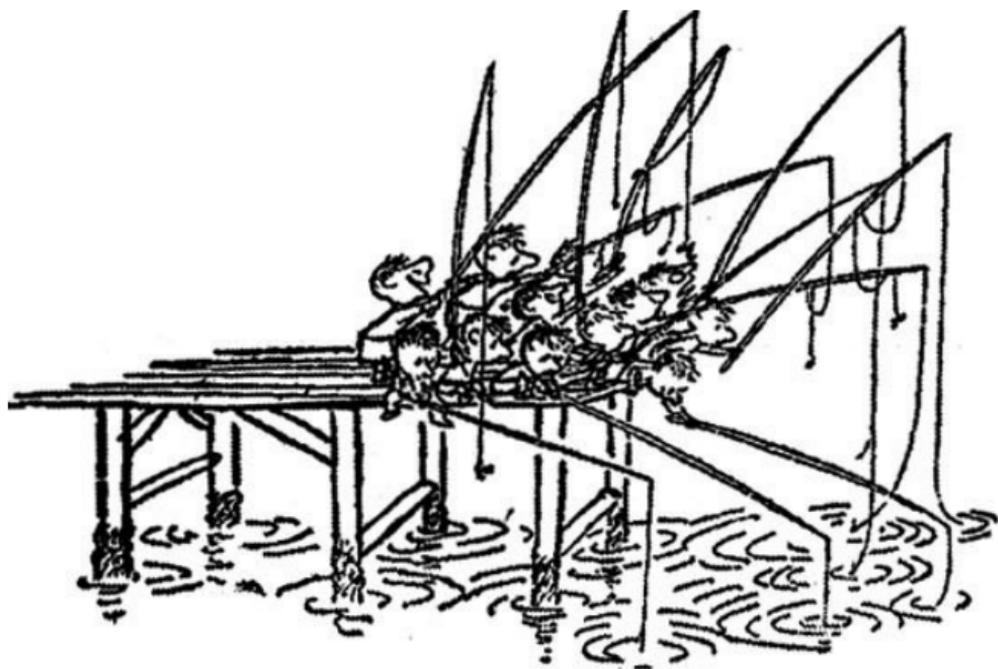
—¡Vosotros dos! ¡Basta ya, si no queréis que os prohíba pescar! ¿Entendido? —ha gritado el jefe.

Atanasio y Bertín se han tranquilizado, aunque Atanasio aún ha dicho que ya veríamos qué pez iba a pescar, ¡no te fastidia!, y Bertín ha dicho que estaba seguro de que su pez iba a ser el más grande de todos.

El jefe nos ha enseñado cómo poner un gusano en el anzuelo.

—¡Y sobre todo —nos ha dicho—, mucho cuidado, no os vayáis a hacer

daño con los anzuelos!



Todos hemos intentado hacerlo igual que el jefe, pero no es fácil. El jefe nos ha ayudado, sobre todo a Paulino, que tenía miedo de los gusanos y ha preguntado si mordían. En cuanto ha

tenido un gusano en su anzuelo, Paulino ha lanzado al agua el sedal a toda prisa para alejar al gusano todo lo posible. Todos habíamos lanzado al agua nuestros sedales, menos Atanasio y Bertín, que habían enredado los suyos, y Gualberto y Calixto, que estaban entretenidos haciendo una carrera de gusanos por el espigón.

—¡Vigilad bien vuestros corchos! — ha dicho el jefe.

Y nosotros vigilábamos nuestros corchos, pero la verdad es que no sucedía gran cosa. Hasta que Paulino ha dado un grito, ha levantado su caña y al final del sedal había un pez.

—¡Un pez! —ha gritado Paulino—.

¡Mamá!

Y ha soltado la caña, que ha caído en las rocas. El jefe se ha pasado la mano por la cara, ha mirado a Paulino, que estaba llorando, y ha dicho:

—Esperadme aquí, que voy a buscar la caña de este..., de este manazas de crío.

Y el jefe ha bajado a las rocas, que es peligroso porque resbalan un montón, pero todo ha ido bien, aparte del jaleo que ha habido cuando Crispín ha bajado él también para ayudar al jefe y se ha resbalado en el agua, y menos mal que el jefe ha podido agarrarlo. El jefe ha gritado tan fuerte que hemos visto gente allá lejos, en la playa, que se levantaba

para mirar. Cuando el jefe le ha devuelto la caña a Paulino ya no había ningún pez al final del sedal. Pero lo que le ha puesto de lo más contento a Paulino es que tampoco había ya ningún gusano. Y Paulino ha aceptado seguir pescando a condición de que no le pusieran más gusanos en el anzuelo.

El primer pez lo ha pescado Gualberto. Hoy ha sido el día de Gualberto: había ganado la carrera de gusanos y, encima, ahora tenía un pez. Todos nos hemos acercado a verlo. El pez no era muy grande, la verdad, pero Gualberto estaba orgulloso a pesar de todo, y el jefe le ha felicitado. Después, Gualberto ha dicho que, como había

pescado su pez, ya había terminado. Y se ha tumbado en el espigón y se ha dormido.



¿A que no adivináis quién ha pescado el segundo pez? ¡He sido yo! ¡Un pez sensacional! ¡Fantástico, de verdad! Solo era un poquito más

pequeño que el de Gualberto, pero estaba la mar de bien. Lástima que el jefe se haya hecho daño en el dedo con el anzuelo al desengancharlo (es curioso, yo estaba seguro de que acabaría pasándole). Quizá por eso el jefe ha dicho que ya era hora de volver, y Atanasio y Bertín han protestado porque todavía no habían conseguido desenredar sus sedales.

Cuando le hemos dado los peces al cocinero estábamos un poco chafados, porque dos peces quizá no sean suficientes para hacer una sopa para todo el campamento. Pero el cocinero se ha echado a reír y nos ha dicho que era perfecto, que era justo lo que necesitaba.

Y nos ha dado unas galletas de premio.

¡La verdad es que el cocinero es estupendo! La sopa estaba buenísima, y el señor Rateau ha gritado:

—¡Tres hurras por el equipo Ojo de Lince! ¡Hip, hip!

—¡Hurra! —ha gritado todo el mundo, y nosotros también, porque nos sentíamos de lo más orgullosos.

Luego le he preguntado al cocinero cómo era posible que los peces de la sopa fueran tantos y tan gordos. Y entonces el cocinero se ha echado a reír y me ha explicado que los peces se hinchan al cocinarlos. Y como es tan genial me ha dado una rebanada de pan con mantequilla y mermelada.



Crispín se porta muy bien y me alegra poder decirles que estamos muy contentos con él. El niño se ha adaptado perfectamente y se entiende muy bien con sus compañeros. Quizá tenga a veces una cierta tendencia a hacerse el

duro (si me permiten ustedes la expresión). Quiere que sus compañeros lo consideren como un hombre y como un líder. Crispín es dinámico, tiene un sentido de la iniciativa muy acusado y ejerce un fuerte ascendiente sobre sus jóvenes amigos, que, inconscientemente, admiran su equilibrio. Será para mí un placer recibirles cuando pasen ustedes por la comarca...

(Fragmento de una carta del señor Rateau a los padres de Crispín).

Cripín tiene visita

El Campamento Azul, que es la colonia de vacaciones donde estoy, está la mar de bien. Somos un montón de compañeros y lo pasamos genial. Lo único que es una pena es que nuestros padres y nuestras madres no estén. Es verdad que los padres, las madres y nosotros nos escribimos cantidad de cartas, eso desde luego. Nosotros contamos lo que hacemos, decimos que nos portamos bien, que comemos bien y que nos divertimos, y les mandamos un beso muy fuerte; y ellos nos contestan que tenemos que ser obedientes, que

debemos comer de todo y que hay que ser prudentes, y nos mandan muchos besazos. Pero no es lo mismo que cuando nuestros padres y nuestras madres están con nosotros.

Por eso Crispín ha tenido tantísima suerte. Acabábamos de sentarnos a comer cuando el señor Rateau, el jefe del campamento, entró con una cara toda sonriente y dijo:

—Crispín: una bonita sorpresa para ti. Tu madre y tu padre han venido a visitarte.

Y salimos todos a verlos. Crispín saltó al cuello de su madre y luego al de su padre y los besó, y ellos le dijeron que había crecido y que estaba muy

tostado por el sol. Crispín les preguntó si le habían traído el tren eléctrico y todos parecían que estaban de lo más contentos de verse. Luego Crispín les dijo a su padre y a su madre:

—Estos son mis compañeros. Ese de ahí es Bertín, el otro es Nicolás; ese, Gualberto; ese, Paulino; ese, Atanasio, y esos, todos los demás. Y ese es nuestro jefe de equipo y ese es nuestro barracón, y ayer pesqué montones de quisquillas.

—¿Querrán ustedes compartir nuestro almuerzo? —preguntó el señor Rateau.

—No quisiéramos perturbarles —dijo el padre de Crispín—. Solo estamos de paso.

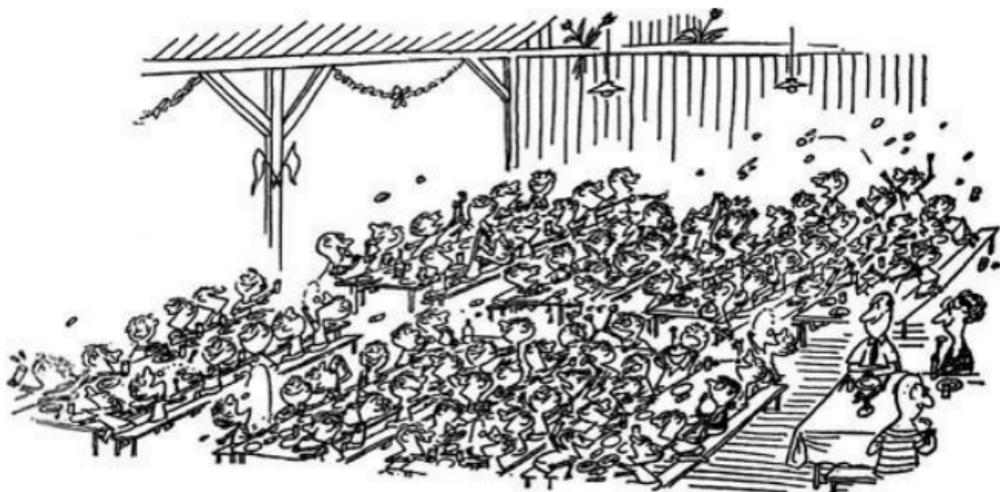
—Por pura curiosidad —dijo la madre de Crispín—, me encantaría ver lo que comen los críos.

—Con muchísimo gusto, querida señora —dijo el señor Rateau—. Avisaré al cocinero para que prepare dos raciones más.

Y volvimos todos al comedor.

La madre y el padre de Crispín se sentaron a la mesa del señor Rateau y del señor Genou, que es nuestro administrador. Crispín se quedó con nosotros; se sentía de lo más orgulloso y nos preguntó si habíamos visto el coche de su padre. El señor Rateau les dijo a la madre y al padre de Crispín que en el campamento todo el mundo estaba

encantado con Crispín, que tenía un montón de iniciativas y de dinamismo. Y luego empezamos a comer.



—¡Pero esto está muy bueno! —dijo el padre de Crispín.

—Una alimentación sencilla pero sana y abundante —dijo el señor Rateau.

—¡Quítale bien la piel al salchichón, tesoro mío! ¡Y mastica bien! —le gritó

la madre de Crispín a Crispín.

A Crispín no parece que le gustó mucho que su madre le dijera eso. Quizá porque ya se había comido su salchichón con piel y todo. La verdad es que Crispín tiene un dinamismo tremendo cuando se pone a comer. Luego nos dieron pescado.

—Esto es mucho mejor que lo del hotel donde estuvimos, en la Costa Brava —explicó el padre de Crispín—. El aceite allí...

—¡Las espinas! ¡Cuidado con las espinas, tesoro mío! —gritó la madre de Crispín—. ¡Acuérdate de lo que lloraste en casa el día que te tragaste una!

—¡No lloré! —dijo Crispín, y se

puso rojo como un pimiento; parecía que estaba aún más quemado por el sol que antes.

Nos dieron el postre, unas natillas buenísimas, y luego el señor Rateau dijo:

—Después de las comidas, tenemos por costumbre cantar unas canciones.

Y entonces se levantó y nos dijo:

—¡Atentos!

Y movió los brazos y cantamos esa cosa de uno que se fue a la guerra, mireusté, mireusté qué pena, y luego la del barquito chiquitito^[5], que es una donde echan a suertes para ver a quién se comen y hay que decir ¡ohé, ohé!, y el padre de Crispín, que parecía que se lo

estaba pasando la mar de bien, nos ayudó, y la verdad es que se le da fenomenal lo del ¡ohé, ohé! Cuando acabamos, la madre de Crispín dijo:

—¡Tesoro, cántanos la del barquero!

Y le explicó al señor Rateau que esa era la canción que cantaba Crispín cuando era muy pequeño, antes de que su padre insistiera en que le cortaran el pelo, una pena, porque con los bucles que tenía antes estaba precioso. Pero Crispín no quiso cantar y dijo que ya no se acordaba de la canción, y entonces su madre quiso ayudarle:

—Al pasar la barca, me dijo el barquero...

Pero ni por esas. Crispín no quiso, y

puso cara de pocos amigos cuando Bertín se echó a reír. Y entonces el señor Rateau dijo que era ya hora de levantarse de la mesa.

Salimos del comedor y el padre de Crispín nos preguntó qué solíamos hacer normalmente a esa hora.

—Duermen la siesta —dijo el señor Rateau—. Es obligatorio. Necesitan reposar y relajarse.

—Muy razonable —dijo el padre de Crispín.

—¡Yo no quiero dormir la siesta! —dijo Crispín—. ¡Quiero quedarme con mi papá y con mi mamá!

—Claro que sí, tesoro —dijo la madre de Crispín—. Seguro que hoy el

señor Rateau hará una excepción contigo.

—¡Si él no duerme la siesta, yo tampoco! —dijo Bertín.

—¡Me importa tres pepinos que tú no duermas la siesta! —contestó Crispín—. Yo no pienso dormirla de todas maneras.

—¿Y por qué no vas a dormir tú la siesta, si puede saberse? —preguntó Atanasio.

—¡Eso es! —dijo Calixto—. ¡Si Crispín no duerme la siesta, no duerme la siesta nadie!

—¿Y por qué no voy yo a dormir la siesta? —preguntó Gualberto—. ¡Tengo sueño, y tengo derecho a dormir la siesta

aunque este imbécil no lo haga!

—¿Tú quieres un tortazo? —le preguntó Calixto.

Entonces el señor Rateau pareció enfadarse de repente y dijo:

—¡Silencio! ¡Aquí va a dormir la siesta todo el mundo! ¡Y se acabó!



Entonces Crispín se puso a gritar, a llorar y hacer un montón de contorsiones

con las manos y los pies, y nos extrañó porque suele ser más bien Paulino quien hace esas cosas. Paulino es un compañero que llora todo el rato y dice que quiere volver con su papá y con su mamá, pero la verdad es que en ese momento no decía ni pío, de lo asombrado que estaba al ver que lloraba alguien que no era él.

El padre de Crispín parecía sentirse muy incómodo.

—De todas formas —dijo—, tenemos que marcharnos ahora mismo si queremos llegar esta noche, como habíamos previsto...

La madre de Crispín dijo que, en realidad, eso era lo más prudente. Besó

a Crispín, le dio un montón de consejos, le prometió un montón de juguetes y luego se despidió del señor Rateau.

—Este sitio suyo está muy bien — dijo—. La única pega es que creo que, lejos de sus padres, los niños están un poco nerviosos. Sería muy bueno que los padres vinieran regularmente a verlos. Eso los tranquilizaría. Su reencuentro con el ambiente familiar les devolvería el equilibrio.

Luego nos fuimos todos a dormir la siesta. Crispín ya no lloraba y, si Bertín no hubiera dicho «Anda, tesoro, cántanos la del barquero», creo que no nos hubiéramos pegado todos.



Se están terminando las vacaciones y va a haber que marcharse de la colonia. Es triste, claro, pero los niños se consuelan pensando que sus padres estarán encantados de volver a verlos.

Antes de la marcha, hubo una gran velada de despedida en el Campamento Azul. Cada equipo hizo gala de sus talentos. El de Nicolás cerró la fiesta formando una pirámide humana. En la cima de la pirámide, uno de los jóvenes gimnastas agitó el banderín del equipo Ojo de Lince y todo el mundo lanzó el grito de llamada: «¡Valor!».

Un valor del que todos dieron prueba en el momento de la despedida, bueno, todos menos Paulino, que lloraba y gritaba que quería quedarse en el campamento.

Recuerdos de vacaciones

Ya he vuelto de vacaciones. Las he pasado en una colonia y han estado de lo más bien. Cuando llegamos en el tren a la estación, estaban esperándonos todos los padres y todas las madres. Fue estupendo: todo el mundo gritaba; había algunos que lloraban porque todavía no habían encontrado a sus padres ni a sus madres, otros que se reían porque ya los habían encontrado, los jefes de equipo que nos acompañaban pitaban para mantenernos en fila, los empleados de la

estación pitaban para que los jefes de equipo dejaran de pitar, porque tenían miedo de que dieran la salida a sus trenes, y de pronto vi a mi padre y a mi madre. Y eso ya no puedo ni contaros lo genial que fue. Salté a los brazos de mamá y luego a los de papá y nos besamos, y me dijeron que había crecido y que estaba muy moreno, y mamá tenía los ojos mojados y papá se reía bajito, haciendo «je, je», y me pasaba la mano por el pelo, y yo empecé a contarles mis vacaciones, y nos fuimos de la estación y papá perdió mi maleta.

Me gustó mucho volver a casa; huele bien, y además está mi cuarto, con todos los juguetes, y mamá fue a prepararme la

comida y fue genial, porque en la colonia comíamos bien, pero mamá es la que mejor guisa del mundo entero, y hasta cuando una tarta le sale mal, es mejor que cualquier cosa que hayáis comido nunca. Papá se sentó en un sillón a leer su periódico y le pregunté:

—¿Y ahora qué hago?

—Yo qué sé —dijo papá—. Estarás cansado del viaje. Ve a descansar a tu cuarto.

—Pero es que no estoy cansado —dije yo.

—Pues ponte a jugar —me dijo papá.

—¿Con quién? —dije yo.

—Con quién, con quién, ¡valiente

pregunta! —dijo papá—. Con nadie, supongo.

—Es que no sé jugar solo —dije—, y no hay derecho, porque en la colonia éramos un montón de compañeros y siempre había cosas que hacer.

Entonces papá se puso el periódico en las rodillas, me miró con cara de pocos amigos y me dijo:

—¡Aquí no estás ya en la colonia, así que vas hacerme el favor de irte a jugar tú solito!

Entonces me eché a llorar, y mamá salió corriendo de la cocina y dijo:

—¡Empezamos bien!

Y me consoló y me dijo que, mientras llegaba la hora de comer, fuera

a jugar al jardín y que a lo mejor podía invitar a María Eduvigis, que acababa de volver de vacaciones. Así que salí corriendo, mientras mamá hablaba con papá. Creo que hablaban de mí porque están muy contentos de que haya vuelto.

María Eduvigis es la hija del señor y la señora Courteplaque, que son nuestros vecinos. El señor Courteplaque es el jefe del departamento de zapatería que hay en la tercera planta de los almacenes «El Pequeño Ahorrador», y discute mucho con papá.

Pero en cambio María Eduvigis, a pesar de ser niña, es genial. Y la verdad es que estuve de suerte porque, nada más salir a nuestro jardín, vi a María

Eduvigis jugando en el suyo.

—Hola, María Eduvigis —dije—, ¿vienes a jugar conmigo en el jardín?

—Sí —dijo María Eduvigis, y se coló por el agujero del seto que ni papá ni el señor Courteplaque quieren arreglar porque cada uno de ellos dice que el agujero está en el jardín del otro.

María Eduvigis, desde que la vi antes de las vacaciones, se ha puesto muy, muy morena, y con sus ojos muy, muy azules, y su pelo muy, muy rubio, le queda de lo más bonito. En serio que, a pesar de ser niña, María Eduvigis es de lo más genial, de verdad.

—¿Lo has pasado bien en vacaciones? —me preguntó María

Eduvigis.

—¡Fantástico! —Le dije yo—. He estado en una colonia, y tenía equipos y el mío era el mejor. Se llamaba Ojo de Lince y yo era el jefe.

—Yo creí que los jefes eran chicos mayores —me dijo María Eduvigis.

—Sí —dije yo—, pero yo era el ayudante del jefe, y el jefe no hacía nada sin preguntarme antes. Yo era el que mandaba de verdad.

—¿Y había niñas en la colonia? —me preguntó María Eduvigis.

—¡*Bah!* —contesté—. Pues claro que no. Era demasiado peligroso para niñas. Hacíamos cosas fantásticas. Yo salvé a dos que se estaban ahogando.

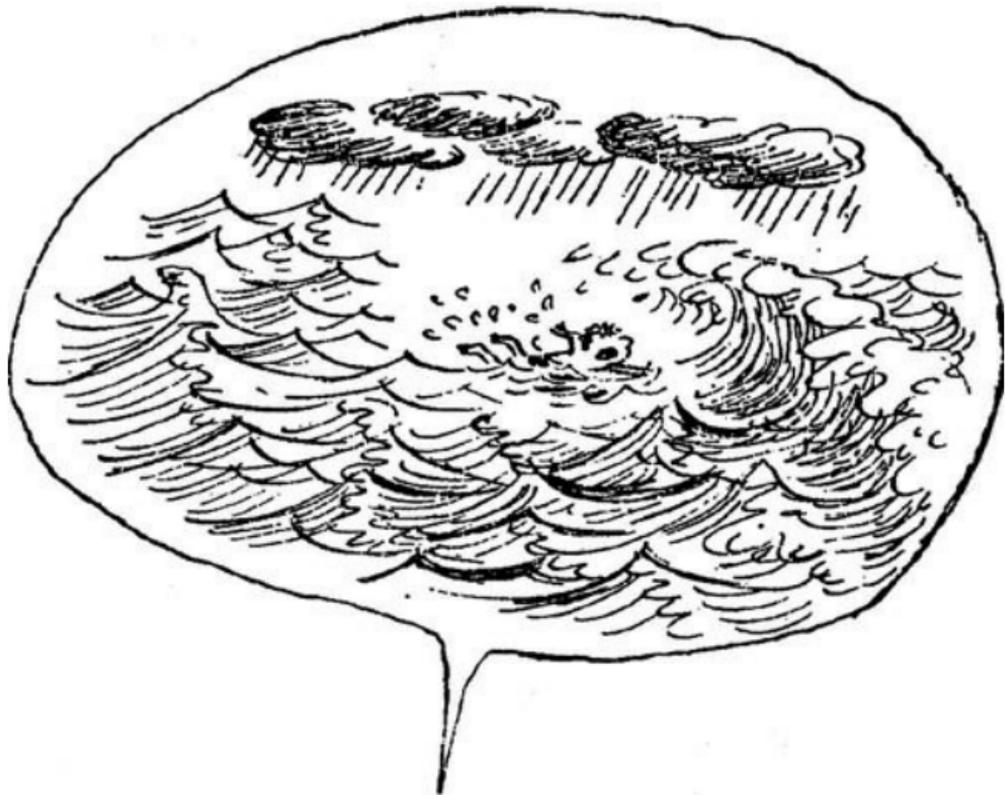
—Estás contándome trolas —me dijo María Eduvigis.



—¿Cómo que trolas? —grité yo—.

No eran dos, eran tres, que se me olvidaba uno. Y luego, en la pesca, fui yo quien ganó el concurso; ¡saqué un pez así de grande! —Y abrí los brazos todo lo que pude y María Eduvigis se echó a reír como si no me creyera.

Eso no me gustó un pelo, la verdad, y es que no hay forma de hablar con las niñas.



Así que le conté cómo ayudé a la policía a encontrar a un ladrón que se había escondido en el campamento, y cómo nadé hasta el faro y volví, y todos se preocuparon muchísimo, pero cuando llegué a la playa todo el mundo me felicitó y dijo que yo era un campeón fenomenal, y también cómo todos los compañeros del campamento se perdieron en la selva, llena de fieras salvajes, y yo los encontré.



—Yo —dijo María Eduvigis— he estado en la playa con mi mamá y mi papá, y me hice amiga de un niño que se llamaba Juanito y que era fantástico dando volteretas...

—¡María Eduvigis! —gritó la señora Courteplaque, que había salido de la casa—. ¡Vuelve aquí ahora mismo, que la comida está en la mesa!

—Ya te contaré luego —me dijo María Eduvigis, y se marchó a toda prisa por el agujero del seto.

Cuando volví a entrar en casa, papá me miró y me dijo:

—¿Qué, Nicolás, has vuelto a ver a tu amiguita? ¿Estás ya de mejor humor?

Y yo no le contesté. Subí corriendo a

mi cuarto y le di una patada a la puerta del armario.

Porque ya está bien, de verdad, ¿por qué tenía que contarme María Eduvigis todo ese montón de trolas sobre sus vacaciones? Para empezar, es una cosa que no me interesa nada.

¡Y, además, ese Juanito suyo es un imbécil y un adefesio!



RENÉ GOSCINNY (París, 1926-1977). De adolescente estudió en un colegio francés en Buenos Aires y luego trabajó en Nueva York en una editorial de libros infantiles. Aunque tuvo muchas profesiones, consiguió fama mundial como guionista de cómics. Fue cofundador y director del semanario

Pilote, trabajando con destacados dibujantes de Bélgica y Francia. Sus series de mayor éxito fueron *Lucky Luke* (con Maurice de Bévère, Morris, 1955), *El pequeño Nicolás* (ilustrado por Jean-Jacques Sempé, 1955), *Astérix el Galo* (con Albert Uderzo, 1959) y *El gran visir Iznogud* (con Jean Tabary, 1961).

Notas

[1] Aviñón: ciudad del sur de Francia. <<

[2] Perigord: Comarca al suroeste de Francia famosa, entre otras cosas, por su gastronomía. <<

[3] SNCF: Société Nationale des Chemins de Fer Français (Sociedad Nacional de Ferrocarriles Franceses). Es la compañía estatal que gestiona la red ferroviaria francesa, del mismo modo que RENFE es la compañía ferroviaria estatal española. <<

[4] *En passant par la Lorraine avec mes sabots; C'est nous les gars de la marine* canciones populares francesas, tradicionales y de sabor patriótico, típicas de los «fuegos de campamento».

<<

[5] *Il était un petit navire* es una canción infantil francesa tradicional. Cuenta cómo, en el primer viaje de un barquito, se acaba la comida y los marineros hambrientos echan a suertes para ver a quién se comen. Pero la historia acaba bien y todos se salvan. <<